

**La novela
TEATRAL**

EL PELO DE LA DETESA
Comedia en cinco actos
Bretón de los Herreros

20 cts.

FERNANDO
G. P. DEL FRESNO

Tovar
1921



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO 3. — TELEFONO J.624 — APARTADO 498

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.-49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín. -86. Sor Simona.

Bonaventura.-9. Todos somos uno.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-228. Más fuerte que el amor.-*La princesa Bebé.-*El dragón de fuego.

Quintero.-66 Doña Clarines.-71. El Patio.-75. La escondida senda.-88 El niño de la granja.-*Pepita Reyes.

Guimerá.-113. Maria Rosa.-114 Tierra Baja 196. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El Cardenal.-99 La Cizaña.-101. Bodas de plata.

Martínez Sierra.-29 Primavera en otoño *El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136 Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

Díaz.-7. El lobo.-14 Sobrevivir.-24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Damiel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-*Juan José.

Zorrilla.-188. El alcalde tenguillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

Villosespeña.-10. El Rey galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halcón.-*El Alcazar de las Perlas.-28. La Gibcondia.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrelano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

Ramón Carrión.-84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-215. La criatura.-90. La Marsellesa.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.-38. Ciencias exactas.-39. La Praviñana.-45. Pa-

rada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-15. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Ferecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.-147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-410. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabia.

Echegaraz (Miguel).-44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El duo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.

Arriches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolorettes.-21. La señorita de Trevelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arriches-García Alvarez.-15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górriz.-57. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El Príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-58. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

Paseo Abad.-13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

Perrin-Palacios.-74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cine matograponacional.-218. Certamen nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-223. Las mujeres de Don Juan.-148. El país de las Hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Novieros.-64. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los ginsos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!.-134. Militares y paisanos.-135. Muérete y verás.-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carriño.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-148. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Cición.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequinta.-173. Jettatore.-159. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El Tenor.-185. El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Ternel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿a cuál de los tres?.-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las Camellias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.-220. Los pipros.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-228. Judith.-230. El pelo de la dehesa.

(Continúa en la penúltima página.)

T. 190.651

R
16684

La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

EL PELO DE LA DEHESA

COMEDIA EN CINCO ACTOS, ORIGINAL DE

D. Manuel Bretón de los Herreros

PERSONAJES

ELISA. - LA MARQUESA. - JUANA. - DON FRUTOS. - DON REMIGIO. - DON MIGUEL

La escena en Madrid, en casa de la marquesa.

NO SE PRESTA

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala bien amueblada, Puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce a la escalera y a otras habitaciones principales, y por la izquierda a las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde a la habitación destinada a don Frutos; la de la izquierda guía también al interior de la casa.

Elisa y Juana.

JUA.—¿Y se ha de casar usted con un rústico labriego?

ELI.—Sí; ya he dado mi palabra.

JUA.—¿Lo sabe aquel caballero?

ELI. ¿Quién?

JUA.—¿Quién ha de ser? Aquel que hace dos años y medio que la adora a usted y bebe por esa cara los vientos.

ELI. ¡Ah!... Don Miguel.

JUA.—¡Y al nombrarle me pone usted ese gesto! ¿Con que ya no hay esperanza para él?

ELI. Ya ves; acepto la mano de otro...

JUA. Es decir,

que cual humo se ha deshecho el antiguo amor...

ELI.

Aquello fué un pasatiempo.

Me agradaba su figura,

su uniforme, su despejo...

¿Qué se yo? Me complacía

en bailar con él y creo

que no me sonaban mal

en su boca los requiebros.

Quizá también de la mía

se delizó en un momento

de imprudencia alguna frase

que halagara sus deseos;

mas yo no perdí el color

ni el apetito ni el sueño,

síntomas averiguados

Biblioteca de la
Educación, Cultura,
Deporte y Juventud
Dirección General de
Cultura
Biblioteca de Logroño

R353.934

de un cariño verdadero;
y él por su parte, a pesar
de que hacía mil extremos,
nunca llegó seriamente
a hablarme de casamiento.
JUA.—Por pura delicadeza.
Va ve usted; un subalterno...
Pero yo sé que esperaba
de un día a otro el ascenso
a capitán.

ELI. Aun así
fuera mucho atrevimiento,
siendo hija yo de un marqués,
que aspirara a ser mi dueño.
JUA.—Perdone usted. El es hijo
de barón...

ELI. No te lo niego;
mas no es segundón siquiera,
que cuatro hermanos nacieron
antes que él, y están casados,
y con prole todos ellos.
¡No es nada lo que tendrían
que atarearse los médicos
para que él llegara a ser
lo que su padre y su abuelo!
Y aun eso importara poco
como él tuviera otro genio;
pero es celoso, tronera,
suspica y pendenciero.
¡Casarme con él! ¡Jesús!
Mi casa fuera un infierno.
JUA.—¡Ya! Como usted no le quiere,
exagera sus defectos,
sin echar de ver que nacen
del mismo amor...

ELI. ¡Qué! Yo apuesto
a que el día en que marchó
de aquí con su regimiento
se propuso relevarme,
y me relevó en efecto,
con la primer lugareña
a quien pidió alojamiento.

JUA.—¿Cómo es posible? Las cartas
que escribe cada correo...

ELI.—Tres hace ya que no he visto
su letra, de donde infiero
que ni se acuerda de mí;
y, como soy, que me alegro,
que así escuso revolver
la cabeza y el tintero
para imaginar disculpas
a la boda que proyecto.

JUA.—¿Quién sabe si al postillón
ha ocurrido algún tropiezo,
o si tendrá la desgracia

don Miguel de estar enfermo?
O tal vez está en camino
para Madrid, y de intento
no nos ha anunciado el viaje,
porque quiere sorprendernos.
ELI.—No creas tal; y si viene,
¡bien venido! Le daremos
los dulces.

JUA. Para él serían
acibar, hiel y veneno.
ELI.—Vamos; decididamente
le proteges.

JUA. Le protejo
porque ama a usted, y presumo,
hablando con el respeto
debido, que no merece...

ELI.—Yo no he contraído empeños
con don Miguel; mi mamá
le querría para yerno.

JUA.—¿Pero—¡por Dios, señorita!—
no se muere usted de miedo
de pensar en esa boda?
Es cosa que no comprendo
cómo se decide usted...

ELI.—Razones hay para ello.
Nuestra casa está arruinada.
De su esplendor solariego
apenas queda otra cosa
que pergaminos y pleitos,
y deudas. Don Baltasar
de Calamocha y Centeno,
padre que fué de don Frutos,
mi novio, y en cuyo pueblo
tenemos un caserón
ruinoso y cuatro barbechos,
hubo de prestar no sé
que cantidad de dinero
a mi padre, que Dios haya,
cuando pasó aquel invierno
en Zaragoza. Tres años
después de hacer el empréstito
reclamó don Baltasar
el capital y los réditos.
Pidióle plazos mi padre
sin esperar obtenerlos,
pero se quedó pasmado
cuando con rostro halagüeño
le dijo don Baltasar:

«Señor marqués, sin apremios
ni jueces, ni ejecuciones,
y, lo que es aun mejor que esto,
sin que suelte usted un cuarto
puedo quedar satisfecho.
Cuando usted me conoció
era yo muy rico, y luego,

como tomé por contrata los víveres del ejército, ya ve usted... Hablemos claro; no es oro ya lo que anhele, que un terremoto no puede levantar el que poseo, sino títulos y honores; no para mí, pobre viejo que al primer aire colado espero quedarme tieso, sino para aquel buen mozo que ha de heredar mis talegos. Ahora bien; si usted no tiene horror al nombre de suegro, déme usted su única hija para mi único heredero, que si no es de ilustre sangre tampoco nació plebeyo. El será marqués por ella, ella por él hará bueno el marquesado; y, por último, el gozo será completo cuando nos llame a los dos papá grande un mismo nieto.» Despreocupado mi padre, y mi madre... un poco menos, pero aficionada al lujo cual todas las de mi sexo, aceptaron un partido que por motivos diversos a todos estaba bien; volvióse ufano y contento don Baltasar a Belchite, pero al mes ya había muerto; mi padre murió también,— ¡téngale Dios en el cielo!— como siguió tan de cerca al tratado casamiento el duelo de ambas familias, no me habló de ese proyecto mamá hasta cumplido el luto; vencida yo de los ruegos acepte; también parece que está don Frutos resuelto a cumplir la voluntad de su padre; de un momento a otro llegará a Madrid; se firmarán los concieros, tú tendrás un buen regalo, yo un buen marido, y... «laus deo».

JUA.—Todo eso, señora mía, sería bueno y muy bueno si no hubiera entre los novios tantas lenguas de por medio. Usted no ha visto jamás

al tal don Frutos. Si es feo...
ELI.—No, Juana: muy al contrario. (Sacando y enseñando a Juana un retrato.) Juzga por este bosquejo.
JUA.—¡Hola! ¿Retrato?
ELI.—A lo príncipe. Fué recíproco el obsequio.
JUA.—¿Hay en Belchite pintores?
ELI.—Zaragoza no está lejos.— ¿Qué tal?
JUA.—Guapote y rollizo. Tiene cara de tudesco, mas quizá le han adulado... y aquí no vemos el cuerpo...
ELI.—Sé que tiene buenas formas y talla de granadero.
JUA.—Pero en el mismo retrato muestra que es zafio y grotesco. Mire usted bien. ¡Santo Dios, qué levita y qué chaleco!
ELI.—En Madrid hay buenos sastres, y ya se ha provisto a eso.
JUA.—Sí, como tengo entendido, nunca salió de su pueblo, vendrá tan rudo...
ELI.—No importa: nosotras le puliremos.
JUA.—Taladrará los oídos con aquel maldito acento aragonés...
ELI.—Poco a poco lo irá en la corte perdiendo. ¿Tan fácil es encontrar un marido sin defectos? Si no es fino y elegante, será cariñoso, tierno, sencillito, dócil...
JUA.—(Entre dientes.) O potro cerril que plante al lucero del aiba una coz.
ELI.—¿Qué dices?
JUA.—Nada.
ELI.—El timón del gobierno me abandonará gozoso, y eso es lo que yo pretendo.
JUA.—Dios lo quiera, mas casarse sin amor...
ELI.—Amor es ciego, y aunque acierta alguna vez es muy mal casamentero.
ELI.—Elisa, Juana, la Marquesa.
MAR.—¿Aun no te has vestido, Elisa, y esperas hoy a don Frutos?
ELI.—¡Eh! no corre tanta prisa. Es cosa de ocho minutos.

MAR.—¿Ocho minutos? No tal; que si has de lucir tu tren...

ELI.—Para un novio provincial de cualquier modo estoy bien.

MAR.—Yo quiero que le deslumbres,

aunque afectes abandono, y que desde hoy le acoslumbres a las leyes del buen tono.

Aunque tu triunfo es seguro vístete como quien eres.

Bueno es prender al futuro con veinticinco alfileres;

que si hoy le agradas modesta y así... a la pata la llana,

ya verás lo que te cuesta sacarle blondas mañana.

Yo le espero ya, hija mía, porque tu dicha me alegra,

con humos de señora, y con ínfulas de suegra.

No le tengo por un Argos, mas se admirará si ve

a mamá de tiros largos y a la novia en «negligés».

ELI.—En mi cara, y no en los dijes, confiar fuera mejor;

pero una vez que lo exiges... vamos, Juana, al tocador.

(Vase con Juana por la puerta de la izquierda.)

La Marquesa,

¡Qué conflicto, Dios eterno!

¡Qué afrenta, Virgen de Atocha!

Aceptar yo para yerno

a un don Frutos Calamocha!—

Mas si con él me confundo,

¿quién me hará ningún reproche?

Qué papel hace en el mundo

una marquesa sin coche?

Tal boda no me hace gracia

pero el siglo es tan mercante...

También es aristocracia

la del dinero contante.

Ese yerno, bien lo sé,

será un patán, será un oso,

pero yo siempre seré

marquesa de Valfungoso.

Mi ejemplo y un figurín

harán tal vez el prodigio

de desasnarle y, en fin...

¡Hola! aquí está don Remigio.

La Marquesa, Don Remigio.

REM.—Salud, marquesa. Un bagaje...

gallego por otro nombre,

ya ha traído el equipaje

provisional de aquel hombre.

Por la puerta del pasillo ya en su cuarto se introdujo.

Ello costará carillo,

¡mas qué elegancia y qué lujo!

obra maestra del sastre...

y mía en cierta manera;

que fui temiendo un desastre,

el mentor de su tijera.

MAR.—Que venga al cuerpo del novio es lo que falta en rigor.

Lo demás fuera un oprobio

para el sastre y el mentor.

REM.—Todo se hizo, y consta en actas,

con entera sujeción

a las medidas exactas

que vinieron de Aragón.

Venga usted a ver la ropa...

MAR.—Ya la verá más despacio.

REM.—Mejor no se hace en Europa

ni se gasta en un palacio.

Ahora, si usted lo permite,

voy al parador...

MAR. Sí, sí.

REM.—A esperar al de Belchite,

para conducirlo aquí.

MAR.—Es mucha molestia...

REM. ¡Oh! No.

Yo sería muy bellaco,

si a dama de tanto por...

Soy amable: este es mi flaco.

La Marquesa.

¡Qué trajín! El se halla en todo.

Merece que se le cobre

cariño. Nos come un codo,

pero bien lo suda el pobre

Hago de él cuanto yo quiero.

Ya le gruño, ya le embromo...

En la calle es mi escudero,

en casa mi mayordomo.

Y a todos con esa f e

sirve. Así tiene enjambre

de amigos. ¡Oh! Siempre fué

muy filántropica el hambre.

Mientras la novia se avía

voy a ver qué ropa es esa.

(Se dirige a la puerta de la derecha.)

Mucha lástima sería...

MIG.—(En la puerta del foro.)

A los pies de usted, marquesa.

La Marquesa, Don Miguel.

MAR.—Caballero, beso a usted...

¡Qué ve! ¡Usted por acá!

Mucho celebro...

MIG.

• He venido

con licencia temporal

por dos meses. ¿Usted buena?

MAR.—Talcualilla. Con el plan que sigo ahora...

MIG. ¿Y la linda Elisa?

MAR. Sin novedad.

Sentémonos.

(Se sienta en el sofá. Don Miguel va a tomar una silla.)

MIG. Con permiso...

MAR.—No. Venga usted al sofá.

MIG.—(Sentándose en el sofá.)

Celebro que no haya nadie...

MAR.—¿Por qué?...

MIG. Tenemos que hablar.

MAR.—¡Pues vaya. espíquese usted y no tenga cortedad.

MIG.—No soy yo corto de genio,

señora mía, pero hay casos y cosas que al hombre más valiente hacen temblar.

MAR.—¿Y qué teme usted? ¿Soy yo alguna fiera?...

MIG. No tal;

pero un desaire...

MAR. ¡Desaires a un hombre de calidad, a un amigo! Hágase usted justicia.

MIG. En primer lugar declaro a usted que yo estoy enamorado.

MAR. ¡Bal! ¡Bal!

Si de otra culpa más grave no se viene usted a acusar, yo le absuelvo desde ahora.

¿Hay cosa más natural?

Y quien es la...

MIG. Yo creí que usted lo sabría ya...

MAR.—¿Yo, de dónde?

MIG. Ciertas cosas no se pueden ocultar.

MAR. Pues como usted no se explique...

MIG.—No me he explicado, es verdad, hasta hoy, porque esperaba el ascenso a capitán...

MAR.—¡Ah! ¡Dos charreteras! ¡Bien!

Ya no hay hombro desigual—

¡Que sea por muchos años!

MIG.—¡Cumplimiento singular!

¿No querrá usted que, siquiera, aspire a un gradito más?

MAR.—Perdone usted. Sin pensario he dicho una necedad.

Si por mí fuera, mañana sería usted general.

MIG.—Si antes me hubiera casado no tendría viudedad Elisa...

MAR. ¡Acabará usted!

¿Con que es Elisa el imán de ese tierno corazón?

MIG.—Sí; la amo con ceguedad, la idolatro, la...

MAR. Ahora veo que no sabe usted lo que hay.

MIG.—¿Pues qué hay?

MAR. Amigo del alma; bien puede usted perdonar.

Elisa no es para usted.

MIG.—¿Seré demasiado audaz

en solicitarla? Acaso

porque es corto mi caudal...

MAR.—Todo hay que mirarlo, amigo; mas la gran dificultad no está en eso.

MIG. ¿Pues en qué?

MAR.—En que la voy a casar.

MIG.—¡Ay! ¿De veras?

MAR. Ya lo he dicho, y yo no hablo en alemán.

MIG.—¿Cuándo?

MAR. Mañana.

MIG. ¿Con quién?

MAR.—¡Qué flujo de preguntar! Con un hombre.

MIG. ¿Usted no mira que está clavando un puñal en mi pecho?

MAR. Amigo mío...

MIG.—Eso es una iniquidad.

MAR.—¡Cómo iniquidad!

MIG. ¡Horrible!

¡Y vengo yo de Alcaraz para esto!

MAR. Con efecto es mucha casualidad.

Los dos en el mismo día...

MIG.—(Estoy sudando alquitrán.)

MAR.—Ahora llegará don Frutos a la puerta de Alcalá.

MIG.—¿Se llama don Frutos?

MAR. Si,

MIG.—¡Nombre soez!

MAR. Natural de Belchite, en Aragón.

MIG.—¡Santo Dios! Será un patán, será... ¿Es rico?

MAR. Poderoso.

MIG.—¡Oh matrimonio fatal!
¡Desgraciada Elisa!

MAR.— ¡Calle!

Tan fiera calamidad
es un novio millonario.

MIG.—Por San Cosme y San Damián,
no la sacrifique usted
a un marido montaraz;
no con un golpe de estado
quiera usted tiranizar...

MAR.—¡Dale! Aquí no hay tiranía.

¿Quién fuerza su voluntad?

El tirano será usted
que sin viña ni olivar,
y sin quererle la chica,
que es lo más original,
tiene empeño de llevarla
militarmente al altar.

MIG.—Yo no soy tan temerario.

Ella me ama, y si falaz
no es su labio...

MAR.— Aquí se acerca.

Ella misma nos dirá...

La Marquesa, don Miguel, Elisa.

ELI.—(Muy elegante.)

¡Ah! ¡Don Miguel!

MIG.— ¿Con que es cierto?

¿Con que ha sido usted capaz
de olvidarme?...

ELI.— No señor.

Cuente usted con mi amistad...

MIG.—¿Amistad? Lindo despacho

cuando vengo hecho un volcán...

ELI.—¿No quiere usted ser amigo?

MIG.—Yo quiero ser algo más.

ELI.—¿Marido? No puede ser:

me he comprometido ya.

¿Cortejo? Libreme Dios,

que eso es pecado mortal.

MIG.—Así corresponde usted

a mi esperanza, a mi afán...

ELI.—Yo no he prometido nada.

Lisonjas de sociedad,

favores de rigodón,

una carta insustancial

todo eso es galantería,

pasatiempo...

MIG.— Voto a san...

¿Con qué frescura me pone

en la garganta un dogal!

ELI.—Yo creí que usted ya estaba

arreglado por allá.

MIG.—¡Yo!

ELI.—Y como usted no escribía...

(¡Guapo está de capitán!)

Y como usted no me habló
nunca de fe conyugal...
y pasan días y días...

y una tiene que pensar
en una .. En fin, me remito
a lo que ha dicho mamá.

MAR.—¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?

MIG.—Que estoy dado a Satanás;
que siete veces maldigo
mi necia credulidad;
que ya no hay fe en las mujeres,
que no quiero ya tratar
a ninguna, que me voy
para no volver jamás...

La Marquesa, Elisa, don Miguel y Juana.

JUA.—Y viene.

MIG.—(Deteniéndose.) ¿Quién?

JUA.— Don Remigio

con don Frutos.

MIG.— ¡Mi rival!...

Pues me quedo.

MAR.— ¿Con qué fin?

MIG.—Es mera curiosidad.

JUA.—Le he visto desde el balcón.

Ya habrá entrado en el zaguán.

MAR.—Mire usted que está en mi casa.

MIG.—Yo la sabré respetar.

MAR.—No demos aquí un escándalo...

MIG.—Ni aquí ni fuera. ¿Qué más

quiere usted? Yo me resigno...

mas quiero verle.

JUA.— Aquí está.

Dichos, don Frutos y don Remigio.

(Don Frutos se presenta como señorito de lugar en día de fiesta y con notable atraso en la moda, aunque con buena ropa. La marquesa y Elisa se sientan en el sofá.)

REM.—(Presentando a don Frutos.)

Señoras...

MIG.—(A la Marquesa.) ¿Ese pazguato
es el novio?

FRU.—(A Juana.) Señorita...

(Queriendo abrazarla.)

Dulce novia...

(En voz baja a don Remigio.)

Más bonita

me pareció en el retrato.

REM.—(Apurado.)

¡Que no es esa!

JUA.—(Riéndose. También se ríe D. Miguel.)

No soy yo.

FRU.— Pues creí...

JUA.— Soy la doncella.

FRU.—¿Pues cuál es mi novia?

REM.—

Aquella.

MAR.—(De mal gesto.)

¡Me ha gustado el «quid pro quo»!

REM.—(Al primer tapón zurrapa.)

FRU.—Me equivoqué, vive Cristo;
y es que en Madrid, por lo visto,
todas las mozas son guapas.

ELI.—(En voz baja.) ¡Ay, mamá!

MIG. (¡Bien! Ya me vengo.)

FRU.—(Fijando la vista en Elisa.)

¡Oh, que está allí!... ¡Mentecato
de mí! (A don Remigio.)

Es el vivo retrato

del retrato que yo tengo. (Acercándose.)

Dios guarde a usted, doña Elisa.

ELI. Felices.

MAR.—(¡Volada estoy!)

(A Juana, que se está riendo.)

Vete de aquí.

JUA. Ya me voy.

(No puedo tener la risa.)

Dichos, menos Juana.

MIG.—(Voy a pasar un buen rato.)

ELI.—Esta señora es mamá.

FRU.—¡Ah!... Servidor... Como allá

no llegó más que un retrato...

MAR.—Y aun ese estaba de sobra.

¡Después de verla pintada,

llamar novia a la criada!

¡Qué horror!

FRU. La misma zozobra...

Y... la verdad, no esperé

que en tan feliz coyuntura

me esperase mi futura

sentada en el canapé.

Hallar pensaba a mi bella—,

no sé si esto es excederme,—

con tanta gana de verme

como yo de verla a ella.

Topo al colarme aquí dentro

una chica de buen porte,

y creo que es mi consorte

la que me sale al encuentro;

no reconozco el traslado,

mas digo para mi pecho,

¡eh! siempre va largo trecho

de lo vivo a lo pintado;

en esto viene a advertirme

el señor que me equivoco;

pero si se tarda un poco

¡zas! yo la abrazo, y de firme.

MIG.—(¡Me gusta el desembarazo!)

ELI.—(Pues no es tonto aunque grosero.)

MAR.—Esta es la novia.

FRU. ¡Ah! Sí...

MAR. Pero

suprima usted el abrazo.

FRU.—Bien. Mis fines eran buenos,
más me aguanto y no me pico.

No me hará pobre ni rico
un apretón más o menos.

Y abrazos del corazón,

hijos de pura alegría,

no se dan a sangre fría,

sino así... de sopetón.

REM.—(A la Marquesa.)

Cosas de así... como así;

mas cuando él recapacite

que no estamos en Belchite...

FRU.—Ya sé que estamos aquí.

(¡Vaya una familia tiesa!

Pues aunque fuera yo el coco...)

REM.—(En voz baja a la Marquesa.)

El soltará poco a poco

el pelo de la dehesa.

MAR.—¿No toma usted una silla?

FRU.—Sí haré, si no es contra fuero

que un honrado forastero

tome asiento en esta villa.

(Se sienta, y hacen lo mismo don Miguel y

don Remigio.)

MAR.—Volviendo a lo del abrazo,

aquí no e mira bien

que los novios se le den

antes del solemne lazo.

FRU.—Si amor les hace cosquillas,

aquí y allí creo yo

que, si con testigos no,

se abrazarán a hurtadillas.

Lo primero es más honesto;

mas ni así ni de otro modo

en abrazar me incomodo

a quien me pone ese gesto.

MAR.—(Cedamos; que ya se amosca.)

No crea usted que ella sienta...

FRU.—(Con enfado.)

Pues si ha de ser mi parienta

que no me mire tan fosca.

MAR.—Su modestia no permite...

FRU.—Ya me caiga su modestia.

¿Qué va a que tomo una bestia

y doy la vuelta a Belchite?—

¡Bien! Ya se ríe. Esto es algo.

ELI.—¿Qué tal el viaje?

FRU. Tal cual;

mas volqué en un pedregal

y a poco no me desnaigo.

MIG.—(Haciendo escos.)

(¡Me desnaigo!)

FRU. En diligencia

no vuelvo a viajar.

REM. ¿Pues cómo?
 ¿En carro?
 FRU. En mi macho romo,
 que es animal de conciencia.
 REM.—(Aparte a don Miguel.)
 Se conoce que los dos
 simpatizan.
 FRU.—(Mirando a Elisa embebecido.)
 ¡Oh que linda!
 ¡Qué boca! Es como una guiada.
 ¡Qué talle! ¡Válgame Dios!
 ELI.—Mil gracias por la lisonja.
 FRU. No. ¡Qué ojuelos! ¡Oh, qué fragua!
 La boca se me hace un agua,
 y el corazón una esponja.
 MIG.—(¿Cómo la requiebra el gansol)
 MAR.—(Ya me tiene el alma en vilo
 y si no le corto el hilo...)
 (A don Frutos, levantándose y todos hacen
 lo mismo.)
 Usted ha menester descanso...
 FRU.—Yo no. Al lado de una bella...
 MAR.—No obstante...
 FRU. Obedezco pues.
 (A Elisa.) Adiós, cordera.
 (A la marquesa.) ¿Cuál es
 mi habitación?
 MAR.—(Mostrando la de la derecha.)
 Es aquella.
 (Al volverse de pronto don Frutos derriba un
 velador que habrá en medio de la sala con un
 juego de té.)
 FRU.—Voy... ¡Voto al siete de bastos!..
 ELI.—¡Jesús!
 MAR. ¡Mi almuerzo de china!
 FRU.—¡Otra! ¿Quién diablo imagina
 poner en medio los trastos?
 REM.—Ayude usted...
 (Entre don Miguel y don Remigio levantan el
 velador y lo demás.)

MAR. Ayer mismo
 un dineral me costó.
 FRU.—¿No fuera peor que yo
 me hubiera roto el bautismo?
 En mi tierra...
 MAR. ¡Hombre funesto!
 FRU.—No sucede eso.
 REM.—(A don Miguel.) Ya va
 escampando.
 FRU. Porque allá
 cada cosa está en su puesto.—
 Pero, en fin, por cuatro frascos
 no hemos de gemir ahora.
 Sosiéguese usted, señora,
 que yo pagaré los cascós.
 Con que... hasta luego.
 (Vase por la puerta de la derecha.)
 REM. (Aparte a la marquesa.) Es novicio...
 MAR.—Maldecido sea, amén.
 Sigale usted... Yo también;
 no haga allí nuevo estropicio.
 (Elisa y don Miguel.)
 ELI.—(Ese novio es una fiera.)
 MIG.—El novio es hombre de gusto.
 Yo celebro como es justo...
 ELI.—(Enfadada.) ¡Don Miguel!..
 MIG.—(Remedando a don Frutos.)
 Adiós, cordera.
 ELI.—(Yerta como esa pared
 me ha dejado.)
 MIG. Ah, ah, qué risa...
 El me vengará de Elisa.
 ELI.—(Con despecho.)
 El me gusta más que usted.
 MIG.—Seréis felices los dos.
 Ya envidio el grato solaz...
 ELI.—¿Quiere usted dejarme en paz?
 (Vase por la puerta de la izquierda.)
 MIG.—(A la puerta y se retira luego por el
 foro.) ¡Justo castigo de Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La Marquesa y Elisa.
 MAR.—Vaya, esas son niñerías,
 y aunque en parte las disculpo,
 ya tu palabra empeñaste
 y quebrantarla no es justo.
 ELI.—Pero, mamá, si es un hombre
 de tan mal tono, tan rudo...

MAR.—Alguna corteza tiene,
 mas como de esos palurdos
 en dos meses de Madrid
 se vuelven finos y pulcros
 y elegantes. ¿Por ventura,
 es menester grande estudio
 para imitar a esa cáfila

de galancetes insulsos,
que en tertulias y cafés
pasan por hombres de gusto?
En cuatro días se aprende
con un mediano discurso
la insustancial frescología
con que se lucen algunos.
Mientras tanto, ¿qué hace un hombre
para no soltar rebuznos?
Callar frunciendo las cejas
con estudiado repulgo,
y decir al que se admire
de verle tan taciturno:

«¡Soy romántico, soy genio!
¡Mi misión en este mundo
es... callar!»—Y si a esto añade
una contracción de músculos,
y se va sin saludar
retorciéndose los puños,
dirán: «¡Lástima de joven!
Su espín le abrirá el sepulcro.
¡Qué buenas cosas se calla!
¡Qué talento tan profundo!»—
¿Para vestir «comm'il faut»,
qué ciencia, qué genio infuso
ha menester, donde hay sastres,
quien cuenta miles de duros?—
Para abonarse en la ópera
y, según viene el impulso,
chichear la cabatiná
o dar aplausos al dúo,
no es preciso conocer
las reglas del contrapunto;
ni otra cosa se requiere
que tener dinero y mucho
para jugar tres albuces...
el que no truena al segundo.
Así se suelen formar
los petimetres al uso,
y más de cuatro tal vez
entre los de alto coturno
en eso de letras gordas
dan quince y falta a don Frutos.

ELI.—¡Oh! Tú dirás lo que quieras,
pero esos modales rústicos
no se olvidan fácilmente,
ni después de cinco lustros
muda de hábitos un hombre
que se halla bien con los suyos.
Tú viste cuál se anunció
desde su primer saludo.
Tú viste...

MAR. Dices muy bien;
necio y aturrido estuvo,
pero es achaque de novios.

¿Quién no paga ese tributo?
Yo me enfadé más que tú,
porque tengo malos humos,
más considerando luego
que, si es mazacote y brusco,
ni entendimiento le falta,
ni tiene el alma de estuco;
recordando la postrera
voluntad de mi difunto,
y mirando en fin la cosa
con madurez y con pulso,
veo que fuera bobada
renunciar por tus escrúpulos
al acaudalado yerno
que me sacará de apuros.
ELI.—¡No eres tú la amenazada
de sujetarte a su yugo,
mamá, que si fuera así
tomarían otro rumbo
tus reflexiones!

MAR. Acaso
no es buen mozo, blanco, rubio...
ELI.—Sí, su figura me agrada,
más dirán que es un absurdo...
MAR.—Simplecilla, no te cuides
de lo que murmure el vulgo.
Tú te casas para tí,
no para él; y, por último,
¿quién repara ya en maridos?
todos vienen a ser unos.
Las mujeres dan el tono
con sus gracias y su lujo.
¿Qué hacen ellos en un baile,
por ejemplo? Como buhos
se van todos agrupando
en el rincón más oscuro
de la sala. Allí reparten
los dominios del gran turco,
y en un dos por tres revuelven
el Tajo con el Danubio;
o en el tresillo engolfados
disputan como energúmenos
sobre si echaste la «mala»
debiendo rendir el «punto»...
y no sabe alguno de ellos
que, mientras cuenta los triunfos,
un galán le dá «codillo»
y su esposa hace «renuncio».

ELI.—Pero, mamá...

MAR. Calla, chica,
que ya sale tu futuro.

La Marquesa, Elisa y don Remigio.

MAR.—¿No viene el aragonés?

REM.—Tardará pocos instantes.
Se está calzando los guantes...

ELI.—¡Qué! ¿Se los pone en los pies?

REM.—He usado de una figura retórica.

MAR.—¿Está buen mozo?

REM.—¡Oh! Sí, señora; da gozo; solo que el pobre se apura...

MAR.—El vestía tan holgado...

REM.—Pues, y al que no está hecho a las costuras le hacen llagas. (bragas Pues todo le está pintado.

Un buen sastre y mucha plata...

Yo le he dado, por supuesto, instrucciones y le he puesto por mis manos la corbata.

Por poco que yo le exhorto

y por poco que él me imite,

ese robe de Belchite

se aclimatará en la corte.

Sí, le puliremos pronto, que, aunque él tiene, y lo confiesa,

el pelo de la dehesa,

no tiene pelo de tonto.

Si le mira con desdén

Elisa, a fe que le ultraja.

ELI.—¿De veras?

REM.— Es una alhaja.

Doy a usted mi parabién.

MAR.—¡Pero esos guantes, señor!...

REM.—Ya me van dando cuidado.

Voy a ver...

ELI.— No le habrá dado

don Remigio el calzador.

La Marquesa, Elisa, don Remigio y don Frutos.

(Don Frutos se presenta vestido de rigurosa moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero andando con dificultad como si le apretasen las botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de ellos roto.)

FRU.—(Yo creía que en un mes no me entraban...)

ELI.—(A su madre en voz baja.)

¡Ay, qué tieso!

FRU.—(Haciendo un gesto y dando con el pie en el suelo como para que acabe de entrar la bota.)

¡Por vida!...—Señoras, beso a ustedes los cuatro pies.

MAR.—¡Cómo cuatro pies!

FRU.— La cuenta

no marra. Dos y dos...

MAR.— Ya.

FRU.—¡Pues ya! Los dos de mamá y los dos de mi parienta.

REM.—(Ya se enmienda el Ganimedes.)

FRU.—Me ha dicho este caballero que es saludo muy grosero el decir: Dios guarde a ustedes, y que en Madrid a estas horas, como pueblo más cortés,

se estila besar los pies

«verbalmente» a las señoras.

Para hacerlo con más gala,

yo al besar los he contado,

y más hubiera besado

si más hubiera en la sala.—

¡Maldita sea la bota!

Estoy viendo las estrellas.

REM.—¡Si son tan suaves!... Con ellas

bailara yo la gavata.

FRU.—No las llevo yo ni un día.

¡Qué martirio tan cruel!

REM.—Ya dará de sí la piel.

FRU.—¡Si; destrozando la mía!

REM.—En Madrid los elegantes

no calzan lo que su pie.

Un puntito menos...

FRU.— Eh?

REM.—Es de rigor.

FRU.— ¿Y los guantes?

Antes los veo deshechos

que puestos, y si aun a gusto

dan guerra a un hombre robusto,

¿qué será viniendo estrechos?

ELI.—Guante estrecho es muy señor.

FRU.—(Mostrando el guante roto.)

¿Aunque se haga este rasguño?

ELI.—¡Si con él se cierra el puño,

mal guante!

RE 1. Sí; es de rigor.

FRU.—De oír a ustedes me chafa

y de ver que estos enredos

me engarabatan los dedos

como si estuviera gafo.

Y esta invención de travillas...

¿Y el corbatín? ¿Quién lo aguanta?

Ataruga la garganta

y en la oreja hace cosquillas.

¿Pues y el fraque? Esto es peor.

¿Quién se lo abrocha en un lance?

No hay forma de que me alcance...

REM.—No se abrocha. Es de rigor.

FRU.—¿Si creeran los oficiales

de sastre, que tengo gonces?

¡No se abrocha! Pues entonces,

¿de qué sirven los ojales?

Mas de tantas perfecciones

la que más me maravilla

es la especie de cotilla

que me oprime los riñones.

REM.—(A la marquesa.)

Es una faja de goma
elástica, para que entre
en razón su enorme vientre,
porque si no se le doma.

FRU.—¡Pero, hombre, por San Melchor!

¿tener barriga es delito?

REM.—Aquí todo señorito

la suprime. Es de rigor.

FRU.—(Remedando a don Remigio.)

Es de rigor...

(Enfadado.) ¡Tío Calores!

¿Sabe usted que ya me voy

enfurruñando y que doy

al diablo tantos rigores?

REM.—No lo tome usted a mal.

MAR.—Son lecciones de buen tono.

FRU.—Si quiere volverme mono,

se engaña, cuerpo de tal.

Hoy me pongo estos arreos

porque usted los mandó hacer...

MAR.—Sí.

FRU.—Y a ninguna mujer...

MAR.—(¡Huy! ¡Mujer!...)

FRU.—Hago yo feos;

más determinado estoy

con propósito muy firme

a calzarme y a vestirme

a medida de quien soy;

y si aquí no puedo hallar

sastre que entienda mi porte,

vendrá a vestirme en la corte

el sastre de mi lugar;

que yo gusto de estar horro,

y no dar tormento al bazo,

y mover el pie y el brazo

sin necesitar socorro.

ELI.—(¡Ah!)

MAR.—Bien; si a usted le molesta...

FRU.—Levita y fraque, en buen hora.

También por allá, señora,

se usan el día de fiesta.

ELI.—(Con sobresalto.)

Y en los días de trabajo,

¿qué usaba usted?

FRU.—Aunque charra,

una peluda zamarra

cuando hace frío me encajo,

y en verano, amada Elisa,

chaquetilla de mahón,

mas si aprieta la estación

endo en mangas de camisa.

ELI.—(¡Ay de mí!)

FRU.—Todo muy ancho,

que para andar por los cerros

con la escopeta y los perros,
y el tío Roña, y el tío Franchito...

ELI.—¡Ay, qué nombres! ¡El tío Roña!..

FRU.—Allí todos tienen mote:

tío Pozuelo, tío Perote,

tía Lechuza, tía Ponzoña...

Yo vivo allí sin empacho

y mido por un rasero

al hidalgo y al pechero,

al leñador y al ricacho.

Otros con menos caudal

desdennan a los Perotes,

que hay también allí Quijotes

como en esta capital;

mas solo mi grande abasto

se sabe allá por el brío

conque gasto lo que es mío...

y doy más de lo que gasto.

REM.—(Aparte con Elisa.)

¡Es filósofo!

ELI.—Y buen hombre.

¡Eso sí!

FRU.—Cuando me junto

con alguien, no le pregunto

su apellido ni su nombre;

que sea honrado me basta.

Quizá cuanto más antigua

con menos fe se atestigua

la pureza de una casta.

Quién será el santo varón

que diga con juramento:

¡veinticinco abuelos cuento

y ninguno fué ladrón!

No pongo en este capítulo

a ustedes ni me desdeno

de llamar mi dulce dueño

a la heredera de un título.

En su última enfermedad

mi padre me lo mandó,

y, aun difunto, quiero yo

que se haga su voluntad;

y cuando tan linda es

la que me hace tanto honor,

bien puedo yo, pecador,

resignarme a ser marqués.

ELI.—(Aparte a la marquesa.)

¿Oyes, mamá? ¡Se resigna!

MAR.—(En voz baja.)

¡Eh! No lo tomes a ultraje.

No está ducho en el lenguaje...

Sé tolerante y benigna.

(A don Frutos.)

Sin perjuicio de lo humano

y lo afable, yo confío

que en la corte, yerno mío,

sabrá usted ser soberano.
 FRU.—Veremos; haré un esfuerzo...
 Quiero dar gusto a mi novia,—
 Pero esta faja me agobia...
 No digeriré el almuerzo.—
 Aunque a Belchite no olvido,
 daré honor al marquesado.
 Lo propio para un fregado
 soy yo que para un barrido,
 porque... ¡El diantre de la bota!...
 Muy primorosa, muy bella,
 más para jugar con ella
 un partido de pelota...
 REM.—¡Hola! Usted será muy diestro...
 FRU.—¡Oh, mucho! A largo y a pie;
 de todas maneras sé;
 y no he tenido maestro.
 ¡Pues correr!... Nadie me agarra...
 ¡Pues saltar!... En cada brinco
 de cuatro varas a cinco.
 ¿Pues y tirar a la barra?
 Tengo yo una fuerza atroz.
 ELI.—¡Ay, Virgen de la Almudena!
 FRU.—Cargué un día en Carriñena
 cuatro quintales de arroz.

Dichos y Juana.

JUA.—La baronesa del Césped.
 MAR.—Que entre...
 JUA. Ya está en el estrado.
 MAR.—Voy corriendo...
 JUA. Ha preguntado
 si había venido el huésped.
 MAR.—(En voz baja.)
 ¿Qué has dicho?
 JUA. Que irá al instante
 MAR.—¡Todo lo haceis al revés!
 (Pero si ha de ser después...)
 Allí vamos.

JUA.—(Mirando a don Frutos.)
 (¡Qué elegantel!)

Dichos, menos Juana.

MAR.—(A don Frutos.)
 Venga usted. Elisa, ven.
 FRU.—¿Visita?
 MAR. Sí.
 REM. (Dios enfrente
 su lengua.)
 MAR. Mi prima viene
 a darnos el parabién.
 FRU.—¡Corrientel Vamos allá...
 REM.—(En voz baja a don Frutos.)
 ¡Hombre... el brazo a la señora!
 FRU.—¡Ah! sí, sí. Tómallo, aurora.
 (Se lo ofrece a Elisa.)
 ELI.—Déselo usted a mamá.

La Marquesa, don Frutos y don Remigio.
 MAR.—(Tomando el brazo de don Frutos.)
 Venga.

FRU. (He de ser su pariente,
 y no me dejan ahora...)

REM.—Usted, por lo visto, ignora
 la legislación vigente...

FRU.—Pero, señor, qué mas dá...

MAR.—Mientras otra ley no rija,
 no se da el brazo a la hija
 si hay de por medio mamá.

FRU.—Está muy bien, mamá mía.
 Usted disponga de mí...

(Poniéndose la mano en el estómago.)

(¡Ya me se ha sentado aquí...)

y no es suegra todavía!)

Don Remigio.

¡Vaya, que es original
 el mocito aragonés!

Y no es nombre que se mama
 el dedo, que sabe bien
 donde le aprieta el zapato,
 como el otro montañés.

¡Ya tiene alma!... Harto será
 que hagamos carrera de él.

¿Y si ahora tasca el freno,
 qué hará el amigo después?

Mucho temo que esa boda
 haga recordar aquel

«tigribus agni!...» Pero ellas
 lo quieren; y siempre fué

mi sistema favorito
 dejar el mundo correr,

no indisponerme con nadie
 y decir a todo: amén.

Voy ahora a hacer la corte
 a esas damas...

Don Remigio y don Miguel.

Mig. ¡Oiga usted!
 Tenemos que hablar.

REM. Con mucho
 gusto, señor don Miguel.

Mig.—¿Se casa por fin Elisa
 con ese novio soez?

REM.—Creo que sí. Su fortuna
 es hoy la misma que ayer:

colosal, y la marquesa
 no querrá soltar el pez.

Mig.—¿Mas qué dice Elisa?

REM. Creo
 que es del mismo parecer.

Mig.—¿Sí?

REM. No simpatiza mucho
 con el rústico doncel,
 pero andando el tiempo espera

domesticarle tal vez,
y en tanto con doce mil
duritos de renta... ¡Pues!

Mig. — ¡Pues!

REM. Y, bien considerado,
la boda es igual.

Mig. ¿Por qué?

REM. — Ella, esposa de don Frutos,
puede vivir con el tren
correspondiente a su clase;
tomándola por mujer,
él, como dijo no ha mucho,
se resigna a ser marqués:
él lleva en arras el oro
y la novia el oropel.

Mig. — ¿Con que aprueba usted la boda?

REM. — ¡Vaya si la apruebo! Cien
y cien veces...

Mig. Pues yo digo
que es boda de Lucifer.

REM. — ¡Cómo!... Usted...

Mig. Y el que la apruebe
debe andar en cuatro pies.

REM. (Me hace temblar.) Con efecto...
puede haber razones...

Mig. ¿Eh?

REM. — No hay que enfadarse. Mi voto
no tiene fuerza de ley.

Convénzame usted. Soy hombre
que me dejo convencer.

Mig. — Voto a bríos...

REM. Yo no creí
que usted tuviese interés
en probarme lo contrario.

Mig. — Voto a... ¿No lo he de tener,
si soy amante de Elisa?

REM. — ¿De veras? ¡Oh!... Ya se ve,
como usted ha estado ausente,
yo ignoraba... ¡Vaya! ¿Quién
ha de aprobar que aquel bárbaro
sea preferido usted?

Mig. — ¡Y la ingrata le prefiere!

REM. — (Enternecido.)

¡Calle usted! Eso es cruel.

Mig. — Mas la culpada no es ella.

REM. — Así lo creo también.

Mig. — Sino su madre...

REM. ¡Oh! ¡Las madres!...

Mig. — Y usted.

REM. ¿Yo?

Mig. Sí; ya lo sé.

REM. — Pero...

Mig. Usted es el «factotum»
de esta casa.

REM. ¿Qué he de ser?

¡Pobre de mí!...

Mig. Si esa falsa
me ha mirado con desdén,
si se casa con don Frutos,
a usted debo esa merced.

REM. — ¡Hombre! Yo...

Mig. Usted aplaudía
la boda, no ha mucho.

REM. Bien,
no lo niego; pero yo
hablaba de buena fe...

Mig. — Yo exijo que desde ahora
proceda usted al revés.

REM. — Pues digo que es execrable.

Mig. — No me basta. Es menester
decírselo a la marquesa,
a su hija, al novio; a los tres.

REM. — Pero, ¡por Cristo!... Si ya
les he dado el parabién.

¿Cómo gobernarme ahora?...

¡Usted me quiere perder!

Mig. — De consejo muda el sabio.

REM. — ¿Cómo hago yo ese entremés?...

Mig. — Un parásito es histrión
que hace cualquiera papel.

REM. — Veremos; pero...

Mig. No hay pero
que valga. Un buen alfiler
de brillantes si usted logra
que se deshaga el pastel,
mas si la boda ridícula
se efectúa...

REM. (¡Ay, San Ginés!...)

yo ..

Mig. — Tenga usted entendido
que pagará con la piel.

REM. — ¡Qué atrocidad! ¿Soy yo el cura?

¿Soy yo el novio somatén?

Mig. — Todo se andará. Primero

que me vea yo con él,

procuremos arreglar

la cosa de bien a bien.

REM. — (¡De bien a bien, y me quiere
matar!)

Mig. — Me vuelvo al café,

que si veo a esa traidora

no me podré contener.

Con que lo dicho, compadre,

A la tarde volveré...

REM. — Bien: yo aguzaré el ingenio,

yo pondré pies en pared...

Mig. — O me caso con Elisa,

o nos batiremos.

REM. ¿Qué?

Yo no me bato con nadie.

Tengo reepeto... a la ley.
Mig.—Pues si usted no acepta el duelo
y Elisa me deja a pie,
le corto a usted las orejas
como dos y una son tres.

Don Remigio,
¡Jesús, qué demonio!... Estoy
por dar parte al coronel...
Vuelve Elisa Si pudiera
disuadirla... Probaré,

Elisa, don Remigio.
ELI.—¡Ay don Remigio de mi alma!

REM.—¿Qué tiene usted, criatura,
que viene tan afigida?
¿Ha hecho alguna de las suyas
el aragonés?

ELI. Ah, qué hombre.
¡Dios mío! No podré nunca
acostumbrarme a su trato.
Yo me vengo aquí confusa,
avergonzada. Mamá
se fatiga en vano, suda
para atajar el torrente
de sandeces y tontunas
con que el bueno de don Frutos
cual Dios le crió se anuncia.
Mi tía, que es tan satírica
y de un entierro se burla,
le da cuerda y nos dispara
un dardo en cada pregunta.

REM.—Mas ¿qué hace el novio? ¿Que di-
(ce?...

ELI. ¡Ay Dios, qué caricatural!
Ni un momento está parado.
Ya se empuja y gesticula
porque las botas le aprietan
o le duele la cintura,
ahora el corbatín se afloja
y el lazo queda en la nuca;
parecen devanaderas
las piernas, según las cruza;
braceando sin descanso
en la silla se columpia;
le dicen un cumplimiento,
y él endereza una pulla;
y, para colmo de gracias,
saca una bolsa de nutria,
la desliza, toma un puro,
enciende un fósforo, y fuma.

REM.—¡Horror!

ELI. Y no sabía hablar
más que del campo, y la lluvia,
y las crecidas del Ebro,
y la feria de la Almunia,
y los jornales que paga,

y los perros que le ahullan.
La baronesa le brinda
con su escogida tertulia,
y él habla de su bodega
con ciento y ochenta cubas;
observa que es verde obscuro
un lienzo de la pintura,
recuerda sus olivares,
y dice: se heló la fruta,
pero ogaño es asombrosa
la cosecha de aecituna;
toma por fin un periódico
y leyendo en sus columnas:
«la cámara de los pares...»
interrumpe la lectura
y exclama: ¿qué harán ahora
mis doce pares de mulas?

REM.—Vamos, nada hay que esperar
de aquella materia bruta.

Vuélvase por donde vino.
¿Qué importa su gran fortuna

si la ha de comprar usted
con lágrimas de amargura?
ELI.—Es posible... Pues no ha mucho
que aplaudía usted con suma
satisfacción nuestra boda.

REM.—Ahora me parece absurda.
Las torpezas que yo ví,
aunque a la verdad son muchas,
para un novio lugareño
eran pecata minuta,
mas lo que usted me ha contado
me horroriza, me espeluzna.

ELI.—Con todo, puede que el tiempo...

REM.—No hay que cansarse. Es muy
aquella testa. ¡Qué acémila! (dura
Por milagro no r. buzna.

ELI.—¡Poco a pongo, don Remigio!
El no es lerdo. Usted le insulta.

REM.—Señora, yo...

ELI. Tiene prendas
muy laudables

REM. Sin disputa,
pero...

ELI. Puede ser mi esposo,
y quien le injuria, me injuria.

REM.—Como no lo es todavía,
y deseo la ventura
de usted... (Hoy en nada acierto.)
No sabe usted las angustias
que yo paso para... En fin,
yo juzgo lo que usted juzga,
quiero lo que quiere usted,
sufrire lo que usted sufra,
y cuando usted me consulte

porque tenga alguna duda,
consultaré con usted
la respuesta a la consulta.

Dichos, la Marquesa y don Frutos.

FRU.—(A Elisa.)

Ah, que estás aquí... Perdona,
mi vida, si te tuteo,
que mi cariño lo abona.

¡Qué gallarda y guapetona!

Me embobo cuando te veo.

¿Cuándo la boda será?

Solo de pensarlo, ya

todo el alma se me alegra,

y estoy... Marquesa mamá,

sea usted pronto mi suegra.

ELI.—(¡Ay cielo!)

FRU. Sin aparatos.

Cuanto menos embolismo

mejor. Haya buenos platos,

y luego...

MAR. Mañana mismo

se firmarán los contratos.

FRU.—¡Mañana!

REM. (¡Triste de mí!)

FRU.—Jamás igual regocijo

en mi corazón sentí.

La amaré a usted como un hijo,

y como un esclavo a tí.

ELI.—(¡Qué oigo!)

FRU. Serás mi regalo,
mi delicia.

REM. (Esto va malo.)

ELI.—(Aparte a don Remigio.)

¿Oye usted esos extremos?

REM.—Es que ahora le cogemos

en un lúcido intervalo.

FRU.—Tú vivirás satisfecha.

Mis ganados, mi cosecha,

mis haciendas, mi dinero;

todo es para tí, lucero,

desde la cruz a la fecha.

Es tosca mi educación

para aspirar a tal moza;

yo te hago esta confesión,

pero tengo un corazón
como de aquí a Zaragoza.

El encontrará camino

de agradar a mi mujer.

Para amar con desatino

no creo que es menester

que uno sea lechuguino.

En lo que yo no esté dicho

corrige tú mis maneras,

verás que dócil te escucho.

Tú harás de mí lo que quieras...

siempre que me quieras mucho.

Así con igual placer,

luego que al pie del altar

me digas: soy tu mujer,

tú me enseñarás a hablar;

yo te enseñaré a querer.

MAR.—¡Bien, don Frutos!

ELI. (¡Qué sorpresa!

De haberle ajado me pesa.)

MAR.—(Aparte a Elisa.)

Vaya; responde. ¿No puedes?

ELI.—(En alta voz.) Yo...

Dichos y Juana.

JUA.—Cuando gusten ustedes...

Ya está la sopa en la mesa.

Dichos, menos Juana.

FRU.—(Ofreciendo el brazo a la Marquesa.)

Haremos los dos un lazo...

MAR.—(Tomando el brazo de don Frutos.)

Gracias.

FRU. (¡Vaya una pandorga!...)

(A Elisa.)

¿Con que... me querrás muchazo?

MAR.—Ya ve usted; quien calla otorga.

ELI.—(Mirando a don Frutos con ternura.)

Deme usted el otro brazo.

(Vanse por la izquierda del foro.)

Don Remigio,

¡Oh miedo! ¿Qué me aconsejas?

Mientras la niña se humana

vendrá el otro a darme quejas...

¡Pobre Remigio! Mañana

amaneces sin orejas.

(Sigue a los novios y a la Marquesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Don Frutos y don Remigio,

(Está anocheciendo. Vienen don Frutos y don Remigio por la izquierda del foro.)

REM.—¡Soberbia comida!

FRU. Si;

pero, sin tanto primor,
a mí me daba más gusto
mi cocina de Aragón.

REM.—Tiempo hace que no he bebido
mejor vino de «Bordeaux»...

(Mudando de tono como para hacerse comprender.)

Burdeos.

FRU.—Me importa poco
el nombre de ese señor,
porque me sabe muy mal
en francés y en español.

REM.—¡Hombre, un Burdeos legítimo...
y de «Laffitte»! ¡Un licor
europeo!

FRU. ¿Y yo qué tengo
que ver con Europa? Soy
de Belchite.—Y contra el mismo
patriarca Noé, inventor
de la vendimia, sostengo
que es vino de munición
ese que usted me pondera;
que agri-áspero de sabor,
ni me calienta el estómago
ni me alegra el corazón,
y, en fin, que para vinagre
lo he vendido yo mejor.

REM.—No dudo...

FRU. Donde está el vino
de Belchite...

REM. Ya me doy
por vencido.

FRU. Y la garnacha
de Cariñena, Aguarón,
Longares, Cosuenda... ¡Aquello,
aquello es gracia de Dios!

REM.—No se estilan esos vinos
en las mesas «comm'il faut»;
pero siendo usted de casa,
ha cometido un error
la marquesa en no obsequiarle
con una botella o dos
de Cariñena.

FRU. ¡Es mi suegra!—

Y, por Cristo, que ya estoy
apestado de ella. ¡Vaya,
que es mucha persecución!
¡No permitir que me sienta,
ni en la mesa, junto al sol
de mis ojos!... ¡Y qué empeño
de darme en todo lección!
Toda la comida ha estado
quemándome a media voz.—
Quítese usted del ojal
la servilleta. ¡Qué horror!—
¿Pues dónde la pongo?—Suelta;
encima del pantalón.—

¡Vaya!—¿Qué hace usted? La sopa
se come con tenedor.

REM.—(Entre dientes.) Eran rabioles.

FRU. Y mucho
que he rabiado.

REM. ¡(Es hombre atrozi!)

FRU.—Y después me hizo comer
con la cuchara el melón,
y servirme la ensalada...

con tijeras!—¡Voto a bríos!

REM.—Muy mal hecho. Ella ha debido
tratarle a usted «sans façon».

FRU.—¡Vaya, que en Madrid es obra
el ser uno hombre de pro!

REM.—Sí; ya raya en tiranía
moler con tanto sermón
a un hombre que tiene barbas
y no es ningún ababol.

FRU.—¿Sí? Pues aplíquese usted
ese testo desde hoy.

No pida peras al olmo,
y deje a cada varón
que haga de su capa un sayo.
¡No más figurines!

REM. ¡Oh!

Perdone usted. Yo creí
que una mano de charol,
digámoslo así, daría
más realce y esplendor
a esas formas elegantes
y a ese talento precoz...

FRU.—¡Eh! Menos lagoterías,
que yo no gusto...

REM. A eso voy.
Mas viendo que usted no tiene

decidida vocación
al frívolo formulario
del gran tono, dije yo:
¿No es un cargo de conciencia
violentar la inclinación
de ese apreciable mancebo?
Sí; que como dijo Humbold,
suele a fuerza de cultivo
perder su aroma la flor.

FRU.—Pues, corriente.

REM.—Y... ¿quiere usted
que le diga, acá «inter nos»,
lo que siento?

FRU.—Norabuena.

REM.—(¡Si él hiciese dimisión!...)
Pues a usted no le conviene
tal boda.

FRU.—¿Cómo que no?

REM.—Elisa es bella...

FRU.—¡Otrá! ¡Miren
que pedrada!

REM.—Mas no estoy,
si he de decir la verdad,
muy seguro de su amor.

FRU.—Yo sí, que ya con su boca
de almíbar me lo juró.

REM.—No obstante, la diferencia
de gustos, de educación...

FRU.—¡Eh! Ya nos gobernaremos.
¿Soy yo algún tigre feroz?

REM.—No es todo lo que reluce
oro a prueba de crisol.

FRU.—No puede mentir un ángel.

REM.—De una mala tentación
ni los ángeles se libran.

¡Dígalos aquél que cayó!

FRU.—¡Dale! Si yo...

REM.—El interés,
la codicia...

FRU.—(¡Qué moscón!)

REM.—¡Ay, don Frutos! ¿Y esa madre?
Ya empieza a meter la hoz
en mies ajena...

FRU.—¿Qué importa?
Yo la haré entrar en razón.

REM.—Tan imperiosa, tan vana...
Ni la paciencia de Job...

FRU.—¡Oh!

REM.—Créame usted, don Frutos.
Sin esperar al convoy,
vuélvase usted a Belchite.
Aquí se ha armado un complot
entre hija y madre...

FRU.—En la madre
cébese usted sin temor,

mas no hay que clavar el diente
en la hija, o vive Dios...
REM.—¡Oh! No se sofoque usted.
Yo lo decía... (¡Una coz!
Era de esperar.)

FRU.—No aguanto...

REM.—Si era una suposición...
Como le he cobrado a usted
tanto cariño... (No doy
un cuarto por mis orejas.)

FRU.—Por vida de Justivol...

REM.—Vamos, vamos; me arrepiento,
me desdigo, se acabó.

Dichos y Juana.

JUA.—(En una mano trae luces, que deja so-
bre una mesa, y en la otra un papel.)
Felices noches.

FRU.—Bendito
v alabado...

REM.—¿Qué nos traes?

JUA.—Este papel que me han dado
para el señor.

FRU.—¿A ver?, dame.
(Toma el papel y lo lee para sí.)

JUA.—El mancebo portador
espera respuesta.

FRU.—¡Zapel!

¡Esta es otra! Paño, hechura,
forro, etc., de un fraque,
setecientos.—Pantalón...

REM.—Ya, ya... La cuenta del sastre.

FRU.—¡La cuenta a mí! ¿Para qué?

REM.—Sí, para que usted la pague.

FRU.—¿Ahora salimos con eso?
Pues hombre, así Dios me salve,
yo pensé que era un regalo
de mi suegra este atalaje.

REM.—Ya ve usted que no. Presumo
que para más adelante
reserva...

FRU.—Pues de ese modo
yo visto a cualquiera. ¡El diente
de la mujer!... Yo sufría
con resignación la cárcel
en que ha metido mis miembros
mientras creí que era «gratis»;
pero dar dinero encima...

REM.—(En voz baja.)

Calle usted. Eso es infame.

FRU.—Pues señor, la pagaré,
que no quiero que me tachen
de cicatero.

(Leyendo.) Total,
cuatro mil doscientos reales.—
Pero una y no más. ¡Canario!

(A Juana.)

Diselo así de mi parte.

JUA.—Siempre ha sido una fineza
prevenir el equipaje...

FRU.—Yo no soy aficionado
a finezas semejantes.

Digo a usted que es corcho... Espera.

¡Por vida del rey don Jaime!...

(Entra en su cuarto.)

Don Remigio y Juana.

JUA.—Vaya, pues tiene buen modo
de agradecer que se afanen
por vertirle «marquesmente».
Querrá también...

REM.— Es un cafe,
y si da la mano a Elisa,
la va a matar a pesares.

JUA.—Eso es lo que yo la digo.

REM.—Sí; es preciso que trabajes
para disuadirla... (El miedo
me fuerza a ser intrigante.)

JUA.—¡Ya se ve! No es una lástima...

REM.—Un horror.

JUA.— Cuánto más vale
don Miguel...

REM.— Oh, don Miguel...

(¡Maldito sea!) Es un ángel.

Si entre los dos conseguimos
que a Calamocha desbanque...

Dichos y Don Frutos.

FRU.—(Dando a Juana monedas de oro.)

Toma. Aquí sobra un doblón.

JUA.—Volveré con lo sobrante...

FRU.—No. Para ti.

JUA.— Gracias. (Ya
me parece más amable.)

FRU.—Novia te llamé... y no quiero
que lo hayas sido de balde.

JUA.—(Vendose.)

(¡Pues señor vi a Belchite!
y a don Miguel, Dios le ampare.)

Dichos, menos Juana.

FRU.—Y a todo esto, ¿por dónde anda
mi novia y su linda madre?

REM.—Se fueron al tocador.

FRU.—Hombré, ¿a qué?

REM.— A vertirse.

FRU.— ¡Calle!

¿Pues no estaban ya vestidas?

REM.—¡Oh! Sí; pero usted no sabe
que vamos luego a la «ópera»,
y a la tertulia más tarde.

Cada acto de estos requiere
su correspondiente traje.

FRU.—¡Otra! Pues no es mal tragin...

Y dónde hay caudal que baste...

REM.—Así lo exige la culta
sociedad.

FRU.— ¡Virgen del Carmen!

REM.—Aquí se pasa la vida
en vestirse y desnudarse.

FRU.—¡Muy bien! ¿Y qué viene a ser
eso de... ópera?

REM.— (Ignorante!)

Drama lírico;—una fiesta
de teatro.

FRU.— ¡Ah! Que me place.

¿Y qué comedia echan hoy?

REM.—No es comedia. «I Puritani
de Bellini».

FRU.— ¡Que no echaran
el «mágico Bayalardel...»

¡Es la única que yo he visto,
pero ¡cál! cosa más grandel...

REM.—Todo es música esta noche.

FRU.— ¿Música? Bien; como canten
la jota...

REM.— (¡La jota!) Yo
sería de ese dictamen,
pero... (Asoma la marquesa por el foro.)

FRU.— Aquí está la marquesa.

(A media voz.)

La voy a decir verdades
como puños.

REM.— ¿Sí? Me alegro.

FRU.—Yo no sufro ancas de nadie.

Dichos y La Marquesa.

FRU.—¡Escúcheme usted con calma,
mi amada suegra y señora,
que voy a decirle ahora
cuatro cositas... al alma!

MAR.—Diga usted, querido yerno.

FRU.—A mí nadie me maneja,
nadie me moja la oreja;
sirvale a usted de gobierno.

MAR.—Pero...

FRU.— Dicen en mi tierra...

MAR.—¿Qué?

FRU.— Lo que no has de comer...

MAR.—Ya; sí.

FRU.— Déjalo cocer.

REM.—(Los síntomas son de guerra.)

MAR.—Pero, a qué viene...

FRU.— Muy justo

sería, si algún alcalde
me vistiera a mí de balde,
que me vistiera a su gusto;
pero pagando mi ropa
y en cantidad tan enorme,
no me pongan uniforme

como si fuera de tropa.

MAR.—Porque usted se presentase a la boda con más brillo ..

FRU.—Nadie manda en mi bolsillo, cáseme yo o no me case.

MAR.—Nunca han sido mis intentos...

FRU.—Basta. Agradezco el abrigo; no piense usted que lo digo por los cuatro mil docientos.

Vista como quiera Elisa, vista usted como le cuadre mas ni Elisa ni su madre se metan en mi camisa.

Triunfen, gasten; no me espanto; cuanto tengo es de las dos; mas no se empeñen, por Dios, en civilizarme tanto.

Dejen a un hombre sencillo, que, al cabo, no es una fiera, manejar a su manera el tenedor y el cuchillo.

No me mire usted al soslayo. Quiero que el amor me mande...

y no una suegra. Soy grande y ya he despedido el ayo.

MAR.—¿Qué escucho? ¿usted me anticipa el despotismo de yerno!

¡no lo es aún, Dios eterno, y gallea, y se emancipa!

FRU.—Sepa usted...

REM.—(Aparte a la marquesa.)

¡Firmeza! ¡Así!

FRU.—Y ha de saber mi consorte que aunque yo he entrado en la corte, la corte no ha entrado en mí.

REM.—(Aparte a don Frutos.)

¡Bien dicho! No hay que ceder.

(Aparte a la marquesa.)

No quiere soltar, marquesa, el pelo de la dehesa.

MAR.—(A don Frutos)

Pues, amigo, es menester...

FRU.—Sí, es menester que se tome un partido. El más seguro será...

REM.—(Aparte a don Frutos.)

¡Firme en ella!

(Aparte a la marquesa.) ¡Duro!

Si cede usted, se la come.

MAR.—(Alzando la voz.)

¿Qué partido? ¿A ver?

FRU.— No grite, señora.

REM.—(Aparte a la marquesa.) Sí tal.

FRU.— Casarme...

REM.—(Aparte a don Frutos.)

Hace usted mal.

FRU.— Y largarme con mi mujer a Belchite.

MAR.—¡Cómo!...

REM.—(Aparte a don Frutos.) ¡Bien! ¡Bien!

FRU.—No hay remedio.

MAR.—Es posible...

REM.—(Aparte a la marquesa.)

¡Infame acción!

(Aparte a don Frutos.)

¡Discreta resolución!

FRU.—(A don Remigio.)

Hombre, quite usted de en medio.

REM.—(Aparte a la marquesa.)

¡No me escucha! Es montaraz,

MAR.—Quítese usted de delante.

REM.—¿Guerra ha de ser? Adelante.

(Haciendo señas a derecha e izquierda.)

Yo quería poner paz...

(Se retira a un lado.)

MAR.—¿Con que a Belchite? ¡Ah! los yernos...

¿Nos quiere usted confinar en un misero lugar?

¡Usted tira a embrutecernos!

FRU.—¡Otra! ¿Quién les manda a usted que se embrutezcan? (des

MAR.— ¡Qué horror!

Me moriré de dolor...

allá entre cuatro paredes.

Solitaria como un hongo...

FRU.—Todo se remediará.

Quédese usted por acá.

Maldito si yo me opongo.

REM.—(Esto marcha.)

MAR.— Entiendo. ¡Sola quiere llevársela!

FRU.— Pues...

MAR.—¡Para tratarla después

como a una negra de Angola!

Mas sin hacerme pedazos...

FRU.—Señora...

REM.— (¡Orejas, bien va!)

MAR.—Usted no conseguirá

arrancarla de mis brazos.

FRU.—Si mi mujer ha de ser,

irá donde fuere yo,

porque...

MAR.— ¡No; a Belchite, no!

FRU.—Pues no será mi mujer.

REM.—(¡Albricias!)

MAR.— ¡Oh! ¡Ya está visto!

¡Se desdice usted!

FRU.— ¡Marquesa!

MAR.—Usted falta a su promesa.
FRU.—¡Por vida del que ató a Cristol...
Quién ha pensado...

MAR. Intentar
antes del dulce consorcio
esa especie de divorcio...
¡la horca antes que el lugar!
FRU.—No señora; eso no es cierto;
pero hay ley que me prohíba,
¡suegra o diablo!, que yo viva
donde mis padres han muerto?

MAR.—Cielos, ¿qué dirá el notario?
¿Y qué dirán los testigos?
¿Y qué dirán mis amigos?

FRU.—¡Dale!
MAR. ¿Y qué dirá el vicario?

FRU.—¡Eh! Ya basta de litigio.
(Alzando la voz.)

¡Belchite, Belchite quiero;
Belchite!

MAR. ¡Jesús!... Yo muero...
Tengame usted, don Remigio.
(Se desmaya en brazos de don Remigio.)

REM.—Acuda usted, no peligro
su vida, que el parasismo...

FRU.—(Yéndose.) ¡Eh! ¡Qué se yo!... ¡Un
(sinapismo)!

Yo no soy médico. (Entra en su cuarto.)
MAR.—(Oyendo el ruido de la puerta y vol-
viendo rápidamente la cabeza.) ¡Tigre!

La Marquesa y don Remigio.
REM.—¿Qué tal? ¿siente usted alivio?
(No ha dado lumbre el soponcio.)

MAR.—¡Ay, qué hombre! ¡Me ve morir...
y me abandona!

REM. Es un monstruo.

MAR.—Bien dicen; siempre la cabra
tira al monte.

REM. Yo supongo
que no volverá a tratarse
de ese infausto matrimonio.

MAR.—Pues supone usted muy mal.

REM.—Será así. No es un asombro
el equivocarme yo.

MAR.—¿Tan de sobra están los novios?

¿Así se dan calabazas
a un hombre que nada en oro?

REM.—Es decir que nos iremos
a Belchite. Yo...

MAR. Tampoco.

REM.—Pues digo a usted, marquesita,
que no comprendo...

MAR. ¿Qué tonto
es usted!

REM. Convengo...

MAR. ¡Y qué

mentecato!

REM. No me opongo...
(Vuelvo a temblar por mis pobres
orejas!)

MAR. Yo hallaré modo
de evitar...

REM. Elisa viene.
(Y viene muy a propósito.)
Dichos y Elisa.

REM.—¡Elisa! Usted tan tranquila
por allá dentro, y nosotros...

ELI.—¿Qué ha habido?

MAR. (¿Qué irá a decir?)

REM.—¡Friolera! Que por poco
no se nos muere mamá.

MAR.—(Hace señas a don Remigio para que
calle, y él se desentendiende.) ¡Hum!...

ELI.—¡Dios mío! ¿Pues qué?... ¿Cómo?...

REM.—Se ha sincopado. Es decir;
un accidente espasmódico...

ELI.—¡Jesús!

MAR.—¡Eh! No ha sido nada.
No haga caso.

REM. Ello sí, pronto
se recobró...

MAR. Si te digo...

REM.—Yo la apreté el dedo gordo...

ELI.—Mas que causa...

REM. Una alcaldada
horrible de ese hipopótomo
aragonés.

MAR. ¡Don Remigio!...

REM.—(Con mucha viveza.)

¿Pues no se empeña el bolonio,
quiera usted, o no, en llevársela,
a aquel malísimo villorrio?

ELI.—¡Virgen Santa! ¿Yo a Belchite?

REM.—Como cinco y tres son ocho.

Este ha sido su «ultimatum».

A Belchite o no hay consorcio.

MAR.—¡Está usted ya satisfecho,
seo necio, hablador de a folio!

REM.—¡Ah! Yo creí... ¿Con que usted?..

Voto a San... (Ya tiene el tósigo
en el cuerpo.)

ELI. ¡Ay, madre mía!

Ese hombre no tiene prójimo.

¡Llevarme a un lugar!... ¡Y yo

que le iba queriendo un poco!...

Ya le aborrezco de muerte.

MAR.—No irás a Belchite.

ELI. ¡Oh gozo!

¿Tú le habrás dicho que ya
no hay nada de desposorios?

¡Por una parte lo siento,
 porque es honrado, y buen mozo,
 y rico; pero sacarme
 de Madrid... ¡Vaya al demonio!

MAR.—¡Calla! Tan simple eres tú
 como el señor.

REM. Me conformo.

ELI.—Pero...

MAR. Corre de mi cuenta
 arreglar ese negocio.
 Por ahora es necesario...

ELI.—¿Qué?

MAR. Decirle amén a todo.

ELI.—¿Incluso el viaje a Belchite?

MAR.—¡Boba! Por supuesto.

ELI. ¡Qué oigo!

MAR.—Es preciso no escamarle.
 (A don Remigio.) Apóyeme usted.

REM. Apoyo.

MAR.—Si ahora le dices que no.
 ¡A Dios boda! Y qué bochorno,
 qué afrenta para nosotras!
 Desairadas por un toco
 provincial...

ELI. ¿Pero qué haremos
 si cuando sea mi esposo
 se empeña en que le de seguirle?

MAR.—¿Han de faltar por de pronto
 pretextos para alejar
 la partida? ¿No habrá un cólico
 que nos sace del conflicto?
 ¿No sabrán después tus ojos
 cautivar su voluntad?
 Hoy con mimos y piropos
 y dengues; al otro día
 con lágrimas y sollozos.
 Harás de él cuanto quisieres.—
 Y si viene a tu socorro
 la santa naturaleza;
 si hay inapetencia y vómitos...

ELI.—(Bajando los ojos.)
 Eh, mamá...

MAR.—(A don Remigio.)
 Apóyeme usted.

REM.—Sí; yo apruebo y corroboro...

MAR.—Otros novios más bravíos
 se vuelven mansos palomos
 sabiéndolos manejar.
 Si no te bastan tus propios
 recursos, yo estoy aquí...

REM.—(Entre dientes.) ¡Jesucristo!

MAR. ¿Eh?

REM. Nada... Apoyo.

MAR.—No hay cuidado. Entre las dos
 hemos de volverse loco.

ELI.—No; yo no espero...

MAR. Ahora mismo
 voy a decirle que otorgo...

ELI.—¡Por Dios, mamá! Yo no puedo...

MAR.—¿No has de poder? Yo respondo.
 Verás: entro yo en su cuarto
 primero; le desenojo;
 al oír la campanilla
 entrás tú...

(A don Remigio.) ¡Usted no!

REM. Si estorbo...

MAR.—Si señor.

REM. Bien; no riñamos.
 Opino del mismo modo.

ELI.—Pero, mamá, reflexiona...

MAR.—¡Eh, basta, que me sofoco!

Harás lo que yo te digo,
 o nos oírán los sordos.
 (Entra en el cuarto de don Frutos.)
 Elisa y don Remigio.

ELI.—¡Ay, Dios mío!

REM. ¡Es fuerte apuro!

ELI.—Si me caso...

REM. No hay envite;
 ciudadana de Belchite:
 cuéntelo usted por seguro.

ELI.—¿Qué haré?

REM. Calabazas.

ELI. ¡Oh!

Seré a mi palabra fiel...
 ¡aunque muera!

REM. Hagamos que él
 sea quien diga que no.

ELI.—¿De qué modo?

REM. Una esperanza
 a ese pobre capitán.
 La ania a usted con tanto afán...

ELI.—Pero...

REM. Aunque sea de chanza.

ELI.—Poco ha, me han dado un billete
 que su pesar atestigüe...

REM.—Bien. Una respuesta ambigua...
 Eso a nadie compromete.
 Dígame usted por ejemplo:
 «He dado ya mi palabra,
 y aunque mi desdici a labra
 la repetiré en el templo;
 más si por otro o por él
 se descompone la boda,
 usted solo me acomoda
 para esposo, don Miguel.»

ELI.—No, que eso es decirle mucho.

REM.—Pues un poco menos; ¡eal
 Aquí hay papel, tinta, oblea...

ELI.—(Caminando hacia la mesa como maquinalmente.)

Entre mil ideas lucho.

REM.—¡Vaya!

ELI.—(Sentándose.) ¿Y si luego amenaza a don Frutos?

REM. No hará tal;
más bueno es que naya un rival
para que espante la caza.

ELI.—(Escribiendo.) Mi mamá...

REM. Ya estoy alerta...
(por la cuenta que me tiene.)

Avisaré si alguien viene.

No quito ojo de la puerta.

¡Y qué orejas! La pared

taladran y adentro asoman.

¡Oh! Mis orejas se toman

mucho interés por usted.

¿Está? ¡Al sobre! Demos fin...

ELI.—(Cerrando el billete.)

Es que no sé, a fe de Elisa,
a cuál de los dos...

(Suena una campanilla.)

REM. ¡Aprisa
que suena el diñin, diñin!

ELI.—(Levantándose con precipitación y dándole el billete.)

Tome usted. Sin sobre va.

REM.—El sobre no importa un bledo.

Irá a sus manos... Yo quedo...

MAR.—(Dentro.) ¡Elisa!

ELI. Allá voy, mamá.
(Entra en el cuarto de don Frutos,)

Don Remigio.

¡Ah! Ya salí de mi ahogo.

El cielo vuelve por mí.

¡Ya tergo orejas! Creí
convertirme en perro dogo.

(Vase corriendo por la derecha del foro.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Don Frutos.

(Sale de su cuarto en chinelas, con pantalón holgado, sin corbata, con zamarra de piel de oso y un pañuelo de seda atado a la cabeza a estilo de Aragón.)

Ahora sí que muevo a gusto
mis remos. Nada me aprieta.

¡Esto es estar en la gloria!—

¡Pero qué silencio reina

en esta casa! Yo extraño...

Pues ya son las seis y media.—

Estarán por allá dentro

sin duda. ¿Y cómo no piensan

en que yo me desayune?

¡Oh! Pues ya no tiene espera

mi estómago. Llamaré.—

(Hace sonar la campanilla.)

Apenas probé la cena,

porque se comió tan tarde

y tenía yo tal prisa

de acostarme.. —¡No responden!

Pues la campanilla suena,

que bien la cigo.—Otra vez.—

(Vuelve a llamar.)

¿Sirven así a las marquesas

en Madrid?—

(Tira sin cesar de la cinta de la campanilla hasta que acude Juana.)

¡Oh! Mas que rompa
la cinta.. ¡Qué gente es esta,
santo Dios! ¿Si estarán todos
durmiendo? ¡Voto a mi abuela!...

Don Frutos y Juana.

JUA.—(Entra con algún desaliño como quien acaba de levantarse de la cama.)

¡Vaya un modo de llamar!

¡Y a estas horas!

FRU. ¡Linda flema!

JUA.—¡Ah! ¡Es usted!...

FRU. Sí; abre los ojos
y sacude la pereza.

JUA.—¡Pereza! ¿Pues qué hora es?

FRU.—¡Otra! Las seis y cuarenta.

JUA.—Toma, toma... Yo pensaba

que era más tarde.

FRU. ¡Esa es buena!

¿Cuándo es tarde para tí?

JUA.—Pero señor, ¿quién creyera

que usted madrugara tanto?

¿Le duele a usted la cabeza?

Mucho sentiría...

FRU. Gracias.

Gozo de salud perfecta,

pero soy madrugador
por costumbre y por sistema.
Y antes hubiera saltado
de la cama, que en mi tierra
me levanto con el sol;
pero el viaje en la galera
y aquellas malditas botas
que me tuvieron en prensa...
Eso a cualquier cristiano
le hace salir de la regla.

JUA. — (Mirándole y sonriéndose.)
(Qué pañuelo y qué zamarra...
Cuando la novia le vea...)
Querido señor don Frutos,
a la hora que usted despierta
solo dejan de dormir
en Madrid a pierna suelta
horchateros en verano
y en invierno buñoleros.

FRU. — ¡Así hay aquí tanta gente
encanijada y enteca!
¿Mas dónde están las señoras?
Me tomaré la licencia
de darles los buenos días...

JUA. — Es escusada molestia.
Todavía no han venido.

FRU. — Ya, sí... Estarán en la iglesia...
Bien, lo primero es la misa,
y aunque hoy no es día de fiesta...

JUA. — ¿Qué misa? ¡Si es que no han
del baile aún! (vuelto)

FRU. ¿Qué me cuentas?

(Estas ya son otras misas.)
Bien sé que pensaban ellas
irse después del teatro
a una función de... etiqueta,
como aquí dicen; mas nunca
se me pasó por la tela
del juicio que el bailoteo
durase una noche entera.

JUA. — Como usted se recogió
a la hora de la retreta
y se las dejó en el palco...

FRU. — Es que no entiendo esa jerga
italiana, y al arrullo
de las voces y la orquesta
me dormía... ¿Qué mortal
está libre de flaquezas?
¡Pero, Señor, qué gobierno
de casa! ¿Y van con frecuencia
a esas danzas perdurables?

O solo de uvas a brevas...

JUA. — ¡Qué! No señor. ¡Si es el pan
de cada día!

FRU. ¿De veras?

(¡Malol ¡Malol!)

JUA. Pocas noches
se retiran con estrellas.

FRU. — Con que aquí la noche es día
y el día...

JUA. Pues, «vice-versa».

FRU. — (¡Virgen Santa del Pilar,
que desorden, qué vergüenza!)

JUA. — (Mejor le sienta ese traje
que el otro.)

FRU. Ahora bien, morena;
yo, que no enmiendo la plana
al que los astros gobierna,
tengo gana de almorzar.

Di, pues, a la cocinera,
si no está también de baile...

JUA. — No señor. Ella se acuesta
más temprano, y ya estará
por el fogón...

FRU. Norabuena.

Pues que disponga mi almuerzo.
Despacha.

JUA. ¿Café y manteca?

FRU. — ¡Valiente cosa! — ¡Jamón
con huevos.

JUA. Lo que usted quiera.

FRU. — Y no más vino de estrangis.

JUA. — Lo traeré de Valdepeñas.

FRU. — Venga. Al fin es español...
aunque no es de Carriñena.

Don Frutos,

¡Dónde me he metido, cielos!
¡Qué costumbres tan diversas
de las mías! ¡Ah! Yo voy
a pasar la pena negra...
¿Quién sabe?... Allí en mi lugar,
ya que Elisa está dispuesta
a seguirme... ¿Y si me engaña?
¡No hay que fiar en promesas
de mujeres! ¡Y aunque en eso
a mi gusto condescienda,
irán con ella a Belchite
sus caprichos... y mi suegra!
¡Gallarda es la moza; sí,
y a poquito que pusiera
de su parte, lograría
barajarme la chaveta;
mas, según lo que voy viendo,
ni me quiere, ni lo sueña;
y eso es gaita! — ¡Ah, padre mío!...
Dios te dé la gloria eterna,
mas no tuviste chirrímen
para escoger una nuera.
¡A no ser por mi respeto
a su voluntad expresa,

y a no haber soltado yo
la palabra que me empena,
bravo chasco llevaría
mi señora la marquesa!
(Un criado atraviesa el foro de izquierda a
derecha.)

¡Ojalá!... Pero oigo abrir
la puerta de la escalera.
Ellas serán... Ellas son.
(Mirando adentro.)

Oigo la voz de la vieja.

Don Frutos, la Marquesa y Elisa.

MAR.—(Al criado en la puerta.)

Que venga esa muchacha
a desnudarnos pronto.

(Vase el criado por donde vino y entran en la
sala la marquesa y Elisa.)

¿Qué hace ese hombre
aquí?... ¡Calle! ¡Es don Frutos!

ELI. (¡Ay, qué facha!)

FRU.—Yo soy, señora mía; no se asom-
(bre.)

MAR.—La mudanza de traje... Buenos
(días.)

FRU.—Buenas noches.

ELI.—(Aparte con su madre.)

¡Qué diantre de zamarral!

MAR.—¡Por los clavos de Cristo, no te
(rías!)

La Marquesa, don Frutos, Elisa y Juana.

JUA.—Aquí estoy.

FRU.—(A Elisa.)

¿Te parece un poco charra
mi pellica, verdad? Lo siento mucho;
pero...

ELI. No; yo no digo...

FRU.—Chica, ande yo caliente,
y ríase la gente.

MAR.—Dice bien. Lo primero es el
(abrigo,

y mientras le compramos en la tienda
una bata elegante con cordones...

FRU.—No hay para qué. Estoy bien con
(esta prenda.

ELI.—(Parece que al mesón de la En-
(comienda

ha venido a vender melocotones.)

MAR.—¿Y qué tal se ha dormido?

FRU.—Grandemente. ¿Y qué tal hemos
(bailado?

MAR.—La niña. Yo me he estado

jugando al «ecarté».

FRU. (¿También la suegra
tira la oreja a Jorge? Esa es más ne-
(gra.)

MAR.—Es lástima que el sueño y el can-
(sancio
le hayan privado a usted, señor don
(Frutos,

de una «soirée» tan buena.

FRU. Yo, a lo rancio...

Nadie me saca a mí de mis casillas.

Es lindo mientras lucen las cabrillas

bailar con una dama,
pero es mejor, a mí entender, la cama.

MAR.—¡Ehl... Se duerme de día...

FRU.—¡Rágalo el madrileño.

¡Yo, como soy así... tan lugareño...

qué quiere usted!... madrugo,

¡y a las diez de la noche me entra un
(sueño!

ELI.—(¡Santo Dios!)

MAR. ¡Ehl! todo es la primer noche.
Luego...

ELI. ¡A las diez!

MAR. Cualquiera se acostumbra...

FRU.—¡Oh! yo no soy cualquiera.

ELI. (¡Qué verdugo!)

FRU.—¡Y juro por el sol que nos alum-
(bra!...

ELI.—(¡Ay, Dios me libre de su horrible
(yugol)

FRU.—Así tengo de hacerlo hasta que
(muera,

y espero que mi dulce compañera
imitará mi ejemplo...

MAR.—(Interrumpiéndole.) Se supone...

ELI.—(En voz baja.) ¡Ay, mamá!...

MAR.—(Lo mismo.) Transijamos ahora,
no sea que otra vez se desazone.

FRU.—¡Qué mala cara ha puesto mi
(señoral)

(Vuelve el criado con el almuerzo para don
Frutos, lo pone en una mesa y se retira.)

FRU.—¡Hola! ¿Viene el almuerzo?

Me alegro. Con permiso...

Daremos al estómago un refuerzo.

Si ustedes gustan...

ELI. Gracias. Tan temprano...

MAR.—Nosotras, a dormir.

FRU.—(Sentándose a la mesa.)

¡Pues ya! ¡Preciso!

ELI.—(¡Y he de darle mi mano!)

MAR.—Dormiremos un rato. Hasta la

ELI.—(¡Mal haya mi fortuna! una...

MAR.—(A Juana.)

Ven tú; me quitarás cintas y broches.

(A don Frutos.) Con que, abur.

ELI.—Buenos días.

(Vanse por la puerta de la izquierda.)

FRU. Buenas noches.

Don Frutos, partiendo el jamón.

Santo Cristo de la Seo
que me estáis probando así,
decid: ¿qué pecado gordo
vengo a purgar en Madrid?
Novia que quiere bailar
cuando yo quiero dormir,
¿de quién está enamorada?
¿De mis rentas, o de mí?
Suegra que en todo se mete,
hasta en lo que he de vestir;
y me trata cual si yo
fuera algún chigaravis,
y se desmaya, y trasnocha,
¡y juega! ¿no dará fin
de mi bolsa y mi paciencia
antes que amanezca Abril?
¡Y me he de casar!... Si hallara
algún medio, algún ardid...
Para aguzar el ingenio
probemos de este pernil.—
¡Hola! pues está sabroso.
No me engañó la nariz.
(Echándose vino.)

Ahora un trago del manchego...
(Bebe.)

¡Bravo! Bien haya la vid
que te crió. No se bebe
mejor vino en Alcañiz.
(Tomando otro bocado.)

Si fueran iguales todos
los tragos que espero aquí,
ningún cristiano me oyera
quejarme de este país.

Don Frutos, Juana.

JUA.—(Ya a la vieja he despachado.

Y pues la novia gentil
entró en su cuarto diciendo:
no necesito de ti,
voy yo a aviarme...)

(A don Frutos, al pasar.)

¿Qué tal

el jamón?

FRU. Sabe a las mil
maravillas.

JUA. Lo celebro.

¿Hay buen apetito?

FRU. Sí.

¿Quieres probarlo?

JUA. Mil gracias.

(Ni es vanidoso, ni ruin.)

Hágale a usted buen provecho
y me tendré por feliz.

FRU.—Dios te lo pague, morena.

(Vase Juana.)

Confieso que son aquí
menos niñas que en Belchite
las doncellas de servir.

Don Frutos, Elisa.

ELI.—¡Señor don Frutos!...

FRU.—(Levantándose.) ¡Qué veo!

(Yo la hacía ya en camisa.)

¡No te has acostado, Elisa!

ELI.—Hablar con usted deseo.

FRU.—Pues me place, como hay Dios.

Ya es justo que sin empacho
tengamos, Elisa, un cacho
de parlamento los dos.

ELI.—¿Promete usted el secreto
sobre el paso que ahora doy
y no enfadarse, aunque voy
a hablar muy claro?

FRU. Prometo:—
mas también va a ser muy clara

mi lengua; y es menester
que me oigas en paz, mujer,
y no me arañes la cara.

ELI.—Es usted muy buen sujeto...

FRU.—Y tú muy buena vasalla.

ELI.—Otro mejor no se halla.

FRU.—No hay dibujo más completo.
Eres gala de Madrid.

ELI.—Y usted honra de Belchite,—
pero... si usted me permite...

FRU.—En los peros está el quid.

ELI.—Bueno es, antes que nos den
la bendición conyugal,
que temiendo hacer mal,
lo reflexionemos bien.

FRU.—Sí; ya lo dice el proverbio.

Vamos a reflexionar...

(Calabazas me va a dar
ella misma. ¡Esto es soberbio!)

Habla, no temas al bú.

ELI.—Sería muy venturosa
con usted cualquier esposa...
menos...

FRU. ¡Vaya! Menos tú.

ELI.—Mal he dicho. Es un dezliz...

Quiero decir, caro amigo...
que casado usted conmigo
no podría ser feliz.

FRU.—Ni yo soy, cual tú lo ves,
y eso lo conoce un nene,
el marido que conviene
a la hija de un marqués.

ELI.—¿Qué entiendo yo de bodegas,
y de abonar el terreno,

y si se mide el centeno
por varas o por fanegas?

FRU.—¿Qué entiendo yo de elegancia,
y de ese tono de aquí,

ni qué me importan a mí
los figurines de Francia?

ELI.—De la barra y la pelota
yo el mérito no distingo.

FRU.—Ni yo de óperas en gringo
donde no cantan la jota.

ELI.—No se suba usted a la parra
si le digo, aunque con miedo,

que acotumbrarme no puedo
a un marido... con zamarra.

FRU.—Ni yo me acomodaría
a una linda caprichuda

que se viste y de desnuda
ocho o diez veces al día.

ELI.—Poco me inclina mi estrella
al que en su primer visita

no hace distinción maldita
entre el ama y la doncella.

FRU.—Y yo doy a belcebú
dama que habla a su marido

muy seria, muy de cumplido...
y a su madre tú por tú.

ELI.—Un marido... ¡Calamocha,
que madruga!... ¡Virgen Santa!

FRU.—Vea usted, y a mí me espanta
una mujer que trasnocha..

ELI.—¡Yo por valles y por cerros!
¡Yo marido cazador,

que repartirá su amor
entre la esposa y los perros!

FRU.—¡Yo mujer con tantos dengues,
que, faltando a la justicia,

me negará una caricia
por no ajar sus perendengues!

ELI.—Y aun viviendo aquí los dos
cediera al fin mi desvío;

pero ¿y Belchite? ¡Dios mío!

FRU.—¿Pero y la suegra? ¡Buen Dios!

ELI.—Y será bueno Belchite;
guapo lugar: lo concedo.

FRU.—¿Pues y Madrid? No haya miedo
que yo le desacredite.

ELI.—Y aquella vida campestre
será muy dulce, muy sana,

¿quién sabe?... De buena gana
pasaría allí un trimestre.

FRU.—Desear yo un pasaporte
que me vuelva a mi lugar

cuanto antes, no es condenar
las costumbres de la corte.

Son muy cucas; no hay falencia;

pero, al fin, no son las mías.

ELI.—Hay ciertas antipatías...

FRU.—Sí; cada uno a su querencia.

ELI.—Y pues no hay conformidad...

FRU.—¡Pues! ¿A qué ofender a Dios?
A qué...

ELI.—Casarnos los dos...

FRU.—Es una barbaridad.

ELI.—Pues... ahora bien...

FRU.—Ahora bien...

ELI.—Salgamos de este pantano.

FRU.—Pues niéguele usted su mano
y buenas noches, y amén.

ELI.—Yo no he de volverme atrás,
que en mi palabra confía

mamá, y ¡Jesús!... no podría
perdonármelo jamás.

FRU.—Yo también lo prometí,
y en mi probidad no cabe.

ELI.—Toda la corte lo sabe.
¿Qué se diría de mí?

FRU.—¡Otra!

ELI.—A usted que es forastero,
y hombre, tendrá mas valor

que yo, le estará mejor...

FRU.—No, que yo soy caballero.

ELI.—Con todo...

FRU.—No haría bien
en quitar a usted la fama,

pero en boca de una dama
a nadie ultraja un desdén.

ELI.—¿Cómo ahora tan discreto?

FRU.—Es que yo mismo me azuzo
y el entendimiento aguzo

para salir del aprieto.

ELI.—¿No hay muchos hombres infieles?

FRU.—Mujeres, más.

ELI.—Porque ahora
diga usted...

FRU.—No; no señora:

no troquemos los papeles.

ELI.—Con que ni el propio interés
mueve a usted...

FRU.—Ni un terremoto.

¡Nunca mi palabra he roto,

nunca! Soy aragonés.

ELI.—¡Medrados estamos!

FRU.—Sí;

como tres en un zapato.

ELI.—Será usted tan insensato.

FRU.—Seré lo que siempre fui.

ELI.—Pues yo no he de ser veleta.

El «no»... no saldrá de mí.

FRU.—Pues yo he de decir que sí
aunque me lleve pateta.

ELI.—¡Bien está; nos casaremos!

FRU.—¡Bien: será usted mi mujer!

ELI.—Bien: usted tendrá el placer de que los dos nos anorquemos.

FRU.—¡Yo no!

ELI. (Es como una pared.)

¡No tiente usted al demonio!

Si es funesto el matrimonio, la culpa será de usted.

Tanto a una mujer se apura...

FRU.—De bien a bien soy muy manso, pero... es que no soy tan ganso como usted se lo figura.

ELI.—¡Oh!, ya veremos después quién sufre más de los dos

y quién... ¡Soy mujer!... Adiós.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

FRU.—¡Adiós!—Soy aragonés,

Don Frutos,

Con la futura una lid,

otra con la suegra chocha...

¡Ay Frutos! ¡Ay Calamochal...

¡Quién te ha traído a Madrid!

Don Frutos y don Miguel.

Mig.—Estoy resuelto.

(A don Frutos que está de costado y en actitud de cavilar.) Buen hombre,

pase usted recado a don...

¡Es un nombre tan ramplón!...

Don Frutos.

FRU.—(Volviendo la cara.)

Ese es mi nombre.

Mig.—¡Ah, que es usted... caballero!

Me ha sorprendido el hallazgo.

¿Quién conoce a un mayorazgo en traje tan charranguero?

FRU.—Este traje es de mi agrado.

Mig.—Eso lo conoce un topo.

FRU.—Y a ningún alma de chopo se lo he pedido prestado.

Mig.—¿Es ese el traje de boda?

FRU.—¿Le importa a usted? Voto a quien...

¿Se ha encargado usted también

de sastrear a la moda?

Mig.—No me tomo yo ese encargo

que excede al talento mío.

Traigo otro.

FRU.—¡Pues al avío!

Diga usted.

Mig. No seré largo.

Ya que nos vemos las caras,

cosa que yo no quisiera...

FRU.—Menos prosa. La madera

no está para hacer cucharas.

Mig.—¡Hola! ¡Me alza usted el gallo!

Me alegro, señor galán.

FRU.—Se lo alzaré al Preste Juan, que ya de cólera estallo.

Mig.—Pues señor; vamos al grano.

Usted quiere que le den

a Elisa; más yo también

aspiro a su blanca mano.

FRU.—Bien; y a mí que se me da...

Mig.—Somos dos; una es la bella;

casarnos los dos con ella...

no puede ser.

FRU. Ya.

Mig. Pues ya.—

Mas la salida es muy obvia.

Si uno a otro es importuno...

FRU.—Pues ya de los dos el uno

se ha de quedar sin la novia.

Mig.—Si ella fuese de Cutanda

mereciera usted su afecto,

pero esa boda en proyecto

es una fusión nefanda,

y así, pues el buen sentido

en tales casos pronuncia,

haga usted fornal renuncia,

y quedará agradecido.

FRU.—Oiga usted, y no haya riña,

no me importara un ardite

volver soltero a Belchite,

porque es alhaja la niña.

Pero eso de que un compadre

con tal fuero me lo exija...

Primero... —Poco es la hija,—

me casara con la madre.

Mig.—Pues entonces, señor mío,

ya no queda otro recurso

que matarnos.

FRU. ¡Buen discurso,

como hay Dios! ¡Un desafío!

Mig.—¡Si señor, y pronto; al trote!

FRU.—A galope, si usted quiere.

Mig.—Diga usted qué arma prefiere...

Elija usted.

FRU. Un garrote.

Mig.—Esa es arma de mal tono.

FRU.—Esa es la que yo manejo.

Mig.—Y es digna de ese aparejo;

mas no la adopta mi encono.

Sentencie nuestro proceso

o la pistola, o la espada...

FRU.—No señor.

Mig. O el sable...

FRU. ¡Nadal

Garrotazo y tente tieso...

Mig.—Pero hemos de ser tan brutos...

FRU.—¡Leña! ¡Ya que usted se empeña

en que haya camorra, leña!

No hay más tu tía.

Mig. — ¡Don Frutos!

Fru. — ¡Don... usted!

Mig. — ¡Con ese alarde

de atroz salvajismo inculto

quiere usted huir el bulto

a mi venganza, cobarde!

Fru. — (Furioso y amenazándole con el puño.)

¡Yo cobarde! ¡Voto a brios!...

Mig. — (Poniendo mano a la espada y retirándola inmediatamente.)

No demos aquí un escándalo.

Fru. — ¡Yo cobarde! Yo...

Mig. — ¡Seo... vándalo!

ya nos veremos los dos.

Yo sabré...

Fru. — Si no mirara...

Mig. — Lo que he de hacer con un ente como usted. Todo viviente le ha de escupir en la cara.

Don Frutos, a la puerta.

Tengo un puño en cada brazo

y si alguno me provoca,

antes que escupa su boca

le hundiré de un puñetazo. —

¡Se fué! — ¿Señor, hay conciencia

para hostigar tanto y tanto

a un hombre de bien? Un santo

perdería la paciencia.

¡Oh! ya no reparo en nada.

¿Quieren que mi saña aborde?

Bien está. Yo haré en la corte

una que sea sonada. (Entra en su cuarto.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Don Remigio y Don Miguel.

Mig. — ¿Con que, es verdad?

REM. — Sí; a las dos

se van a tomar los dichos.

Para esa hora están citados

el notario y los testigos.

Mig. — ¡Y es la una y media! ¿Qué ha-
(remos?)

Discurra usted un arbitrio.

REM. — Qué se yo... Mal pleito es este.

No dió lumbre el desafío;

Elisa está resignada

al funesto sacrificio;

la vieja es inexorable...

Solo nos queda un camino.

Mig. — ¿Cuál?

REM. — Que como otro Escipión

se venza usted a sí mismo

y abandone...

Mig. — ¿Qué se entiende

abandonar? ¡Por el siglo

de mi madre!...

REM. — (Mis orejas

corren otra vez peligro).

Mig. — ¡Ceder yo el campo! Primero

habrá en esta casa tirios

y troyanos.

REM. — Norabuena;

¡mas por los clavos de Cristo!

¿qué consejo puede dar

en estos momentos críticos,

señor don Miguel, un hombre

tan amable y tan pacífico

como yo? ¡Si se tratase

de un inocente artificio,

de una intriguilla venial,

vaya con Dios!; siempre he sido

complaciente, y manejable,

amigo de mis amigos.

¿Pero cuando usted vacila

entre rap o y homicidio,

seré yo tan Barrabás

que le empuje al precipicio?

Mi consejo...

Mig. — Es de un menguado.

REM. — Sí será. Yo no me pico...

Mig. — ¡Bueno fuera, siendo yo

el amado, el preferido,

que se llevase la novia

un bárbaro campesino!

REM. — ¡Es un horror! — ¿Pero no hay

en Madrid jefe político?

Demanda al canto, depósito,

y es asunto concluido.

Mig. — Ya se lo he propuesto a Elisa,

pero es tan pobre de espíritu...

REM. — Por no chocar con su madre;

por no exponerse al ludibrio

de las gentes y al escándalo...

Mig. — ¿Qué escándalo ni que niño

muerto? ¿Es escándalo usar de su derecho legítimo? Pero esas mujeres... ¡Oh! cuando dan en un capricho...

Y... qué se yo... Juraría que aun ha de estar indeciso su corazón de coqueta entre uno y otro individuo.

REM.—(Tal creo.)

MIG. Ya no hay que andarse por las ramas. Es preciso, forzoso, urgente, matar al aragonés maldito.

REM.—Hombre, mire usted...

MIG. El sale. Me alegro mucho.

REM. (¡Dios mío.)

Dichos y don Frutos.

FRU.—¡Hola, señor capitán!

Sea usted muy bien venido.

MIG.—¡Eh! Cumplimientos a un lado, que estoy hecho un basilisco.

FRU.—¡Qué bobada... y qué «mal tono»!

MIG.—Cómo...

FRU. Yo estoy muy tranquilo, y aconsejo a usted que tome mi ejemplo.

MIG. No; yo he venido...

FRU.—Ya sé, con la misma tema de armar camorra conmigo; pero cuando uno no quiere, no riñen dos: esto es fijo.

MIG.—¿No? Yo sabré...

FRU. Usted no sabe lo que se pesca, amiguito.

Mejor sería, en lugar de venirme a mí con libros de caballería andante, que pusiera usted su ahinco en atrapar a la novia.

¿No digo bien, don Remigio?

MIG.—¡Así me habla usted!

FRU. Asi.

Yo sé bien lo que me digo. Los momentos son contados.

Dejémonos de litigios, don Miguel, y procuremos salir de este laberinto.

¡Le ha visto a usted la marquesa?

REM.—No; ni sabe que ha venido.

Se encerró en el tocador...

FRU.—Perfectamente. ¡Pues listol! guárdese usted de sus ojos.

No faltará un escondrijo... Y mientras solo con ella

la digo cuántas son cinco, cuide usted de que la chica no se muera de fastidio.

MIG.—Pero...

FRU. No hay pero que valga.

Ella sabe mis designios...

¡Ande usted!

MIG. (En voz baja a don Remigio.)

Ya capitula.

Me tiene miedo: está visto.

(A don Frutos.)

Supongo que aquí no hay maulla...

FRU.—Yo siempre he jugado limpio.

MIG.—(Volviendo la cabeza después de dar algunos pasos.)

Es que...

FRU. ¡Ande usted!

(Vase don Miguel por la izquierda del foro.)

¡Aun se me hace

de pencas el señorito!

Don Frutos, don Remigio.

REM.—Yo celebraré en el alma, caro amigo, que usted logre desbaratar esa boda;

porque, si vale mi pobre dictamen, cuando no son homogéneos los consortes...— ¿está usted?— un matrimonio es el órgano de Móstoles.

FRU.—No; no es esa la mujer que me conviene.

REM. ¡Y sin dote!

FRU.—Eso no importa un bledo; pero tengo otras razones...

REM.—¡Oh! Sobradas. Y pensar que ella renuncie a la corte y a sus... Para usted sería piritiparada, de molde una mujer... como yo.

FRU.—¿Cómo usted? ¿No es usted hombre? (bre?)

REM.—Quiero decir... de mi genio, de mis circunstancias; dócil, servicial...

FRU.—(Para sí.) Mientras él viva no faltará quien le abone.—

(A don Remigio.)

Pues lo que es a servicial, ni usted, ni nadie en el orbe me gana a mí. Mire usted que tiene cuatro «memoles»...

REM.—(¡Huy!)

FRU. Trabajar un galán...

¿eh? para que otro le sople la dama. ¿Eh?

REM. Yo convengo en que es muy raro ese noble proceder, famoso asunto para mármoles y bronce.

FRU.—Mas no lo hago por virtud, ni por miedo a los bigotes del capitán pendenciero, porque a mi nadie me tose; lo hago por ver si me zato del apuro en que me ponen. Libre me yo de la novia y de esa suegra o demontre, y mas que cargue con ambas Perico el de los palotes. Mas si no cede la vieja a mis justas reflexiones, y se mantiene en sus trece... ¡pues! como yo en mis catorce, y al fin tengo que casarme, juro a Dios y a los apóstoles que he de romper la cabeza a ese interesante joven.

REM.—No permita Dios...—Supongo que para mí no habrá golpes. Yo soy amigo de usted.

Siempre hemos estado acordes...

FRU.—¡Eh! Con usted no va nada. Pero los minutos corren que vuelan y la marquesa no viene. Aunque usted perdone, don Remigio, quiere usted llamarla...?

REM. Con mil amores.

FRU.—Y luego...

REM. Entendido. Luego querrá usted que me incorpore con los otros y...

FRU. Cabal.

REM.—Pero me excusa un galope mi señora la marquesa.

(Saludando a la marquesa que llega.)

Muy servidor...

(A don Frutos.) A la orden.

Don Frutos, la Marquesa.

MAR.—¿Cómo es eso? ¡Aun está usted de zamarra!

FRU. ¡Eh! No me estorba.

MAR.—Y va a venir el notario,

y los testigos... ¡Qué sorna!

FRU.—Me alegro de ver a usted.

Tenemos que hablar a solas.

MAR.—¡Jesús, y están convidadas

más de cuarenta personas!...

FRU.—No le hace...

MAR.

¿Qué dirán? Hecha.

un ascua de oro la novia, yo un brazo de mar, y el novio...

FRU.—Yo no gasto ceremonias.

Bien estoy así.

MAR. ¡En «toilette» de calesero!

FRU. ¿Qué importa?

MAR.—Importa mucho. ¿Usted quiere que se burien de nosotros?

FRU.—Si usted toma mi consejo podrá excusar esa mofa.

MAR.—¿Y qué consejo?... Sepamos...

FRU.—Que se deshaga la boda.

MAR.—¡Oh!... ¿Qué dice usted? ¿Salí con esa embajada ahora?... (mos (Entreabren por dentro la puerta de la izquierda.)

FRU.—Aquí no hay más embajada que la razón y me sobra por todas mis coyunturas...

MAR.—Don Frutos, basta de bromas.

FRU.—Hablo de veras. Usted no tiene peo de tonta, y bien habrá conocido que el tal casamiento es droga.

Yo soy demasiado tosco para dama tan preciosa; no se cambian las costumbres como se cambian las modas, y nunca harán buenas migas perro y gato en una alforja.

MAR.—¡Eh! ¡Como de esos milagros hace el amor!

FRU. ¡Dale, bola!

No nos amamos nosotros:

¿lo entiende usted?; no señora.

Yo lo sé de buena tinta;

esto es, de su propia boca,

y ella de la mía: ¿estamos?

No soy mudo, ni ella sorda.

MAR.—Ella cumplirá no obstante

con los deberes de esposa...

FRU.—No diré yo lo contrario...

si la permiten que escoja;

porque ha de saber usted,

si por desgracia lo ignora,

que hay bigotes de por medio.

MAR.—¡Bobada! A usted se le antojan los dedos huéspedes.

FRU. No.

MAR.—Vaya...

FRU.

Hay moros en la costa.

MAR.—Cuando a mí nada me ha dicho la niña...

FRU.

Teme la cólera de usted.

MAR.—¿Por qué? Yo no fuerzo su voluntad.

FRU. Se equivoca mi señora la marquesa... por no decir otra cosa.

MAR.—Hablemos claro, don Frutos, y diga usted sin tramoya que retira su palabra. Hombre sin pudor, sin honra, sin fe...

FRU. ¡Señora Marquesa! No quiera usted que nos oigan los sordos; tenga usted juicio, y ahorremos esa camorra. A todos nos salva un «no». Veamos a quien le toca pronunciarlo. Si yo diera calabazas a la moza, sobre faltar al respeto del que está bajo la losa, fueran ustedes silbadas diez lenguas a la redonda, ella no le soltará si la llevan a la horca; con que...

MAR. ¿Con que yo he de ser quien cante la palinodia?

FRU.—Sí, señora; y yo consiento que me ponga usted como hoja de perejil, y me acuse de haber roncado en la ópera... ¡Si tall, y de haber comido a cucharadas la sopa; y más que salga también a la colada la historia del velador, y el abrazo, y la zamarra, y las botas... y más que sea preciso, para que usted quede airosa, compareme... ¿A quién diré? Al bruto de Babilonia.

MAR.—No; ya es tarde. Yo no cedo.

FRU.—¿No?

MAR. Mil veces no.

FRU. ¡Señora! ¡Mire usted que eso es ponerme en el pescuezo una sogal! Mire usted que si me obliga a que mi palabra rompa; ¡yo!, ¡un aragonés!, ¡ah! juro por mi padre que esté en gloria que se ha de acordar usted de don Frutos Calamocha.

MAR.—¡Bravatas! ¡Baladronadas!

FRU.—¡Pues ya que usted me provoca,

guerra, venganza! (Sacando una carteray de ella unos papeles.)

Aquí tengo mi artillería. ¡Arda Troya!

MAR.—¡Cómo!...

FRU. Usted recordará si no es flaca de memoria que cuando el marqués difunto residía en Zaragoza, para sacarle de empeños le abrió mi padre su bolsa.

MAR.—Es verdad. Le prestó algunas cantidades...

FRU. Y no flojas. (Mostrando a la Marquesa un papel.)

¡Vea usted; veinte mil pesos!

MAR.—(¡Dios mío!...)

FRU. Cuenta redonda.

MAR.—Pagaré...

FRU. De eso se trata. El documento está en forma.

MAR.—(¡Este hombre me va a perder!) Más adelante.

FRU. No; ahora. Págueme usted al momento,

o la casa se alborota y ante el notario y testigos digo que es usted tramposa.

MAR.—¡Ah, don Frutos!

FRU. Y la pongo por justicia.

MAR. ¡Qué congojal!

FRU.—Y la embargo cuanto tiene en la sala y en la alcoba...

MAR.—¡Jesús, qué hombre!

Dichos y Juana.

JUA.—(Anunciando.) Los testigos, el cura de la parroquia, el notario...

MAR. ¡Justo Dios!

JUA.—El marqués de la alcachofa...

MAR.—Voy... Que esperen un momento... (to...)

Dichos, menos Juana.

MAR.—Tenga usted misericordia...

FRU.—¿La ha tenido usted de mí?

La venganza es muy sabrosa.

MAR.—¡Baje usted la voz!...

FRU. No puedo, que el furor me desentona.

Todos sabrán...

(La Marquesa cierra la puerta del foro.)

¿Cierra usted?

Pues levantaré la sofa.

O pagarme, o despedirme,

o he de hacer...

MAR. ¡Virgen de Atocha!...

FRU.—Una de pópulo bárbaro,
y aunque me gaste mil onzas
he de tener el consuelo
de que pida usted limosna.

MAR.—Basta! ¡No más! Yo recojo
la palabra de la novia,
y la mía.

FRU. ¡Eso!

MAR. Y diré
que el novio no me acomoda.

FRU.—¡Así!

MAR. Y diré la verdad,
porque es usted un idiota.

FRU.—¡Divinamente! Un abrazo
le daría a usted ahora.

MAR.—Mas que dirán los testigos...—
esto es lo que me sofoca;—
y el notario, y tanta gente
convidada...

FRU. Usted se ahoga
en poca agua. Ellos venían
a presenciar una boda...

MAR.—¡Y esa boda se ha frustrado!

FRU.—¿Pues hay más que darles otra?

MAR.—¡Cómo!... ¿Con quién?...

FRU.—(Acabando de abrir la puerta de la iz-
quierda.) «Verbi-gratia».

(Salen Elisa, don Miguel y don Remigio, y se
arrodillan a los pies de la Marquesa.)

MIG.—¡Señora!...

ELI. ¡Mamá!...

REM. ¡Señora!...

Dichos, Elisa, don Miguel y don Remigio.

MAR.—¡Qué veo! Aparta de aquí,
hija traidora.

ELI. ¡Perdón!...

MAR.—¡Qué horrible conspiración!

FRU.—Todo se gobierna así.

MAR.—¡Ah! ¡Me han burlado!

REM. ¡Por Dios!...

MIG.—¡Ah, señora! Yo protesto...

MAR.—¿Pero qué viene a ser esto?

¿Te has de casar con los dos?

REM.—Cada cual en esta farsa
hace el papel que le dan.

Este es el primer galán;

yo soy un simple... comparsa.

MAR.—(Buscar un yerno es urgente
en este lance de honor,

y pues no hay otro mejor...

cubramos el expediente.)

MIG.—Rica no será conmigo,
pero mi amor...

ELI. Por piedad...

FRU.—Por la negra honrilla...

MAR. ¡Alzad!

Yo os abrazo y os bendigo.

FRU.—¡Vival! ¡Eso es ser madre! Ahora
que estamos todos contentos,
rombo yo mis documentos.

(Hace pedazos los papeles que sacó.)

Estamos en paz, señora.

MAR.—¡Tanta generosidad!

Me confunde usted, me abate...

FRU.—No tal. ¡Pago mi rescate

y viva la libertad!

REM.—¡Oh, pecho noble y sin hiel!

FRU.—Basta. Demos al olvido...

MIG.—¡Don Frutos!...

ELI. (¡Qué necia he sido
en no casarme con él!)

FRU.—Ahora... andemos a porrazos,
si usted quiere, capitán.

MIG.—No; ya no tengo ese afán.

FRU.—(En actitud de brindarle con un abra-
zo.) Pues...

MIG.—¡Venga usted a mis brazos!

(Se abrazan.)

REM.—(Enternecido.)

El llanto inunda mi cara,

y siento una conmoción...

una... ¡Bravo!... ¡Otra edición

del abrazo de Vergara!

MAR.—Vamos, vamos a la sala,

que nos están esperando...

FRU.—Vayan ustedes andando...

ustedes que están de gala.

Yo voy a buscar un coche

que me vuelva a mi lugar.

MAR.—¿Ya se quiere usted marchar?

FRU.—Sí. No duermo aquí esta noche.

También yo entiendo, marquesa,

algo de filosofía,

aunque tengo todavía

el pelo de la dehesa.

ELI.—Pero dejarnos así...

REM.—Sin disfrutar del convite...

FRU.—Nada! ¡A Belchite, a Belchite!

La corte no es para mí.

FIN DE LA COMEDIA

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-45. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El bene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-153. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Salustiano.-184. La tragedia de Lavina.-202. La canción del olvido.-205. El As.-104. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte).

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.

(*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Madrid y Provincias	Extranjero
La Novela Corta..... Año	7,50	10,00
La Novela Teatral..... »	11,50	14,00
Novela Corta-Novela Teatral (Suscripción) » (combinada.)	17,00	22,00

La suscripción empieza con el primer número de cada mes.

PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

Madrid.---3, Calvo Asensio, 3.---Apartado 498

HIPOFOSFITOS SALUD TÓNICO NERVIOSO



NO HAY OTRO
purgante más suave y
enérgico. -- Mezclado
con el desayuno no se
apercebe; tal es su agra-
dable sabor.-Preferido
por las madres para sus
pequeñuelos, y por los
adultos, que ni experi-
mentan la más ligera
molesia.

Solo cuesta
30 centimos
pero vale
un dineral.

**PIDA USTED EN TODAS PARTES
EL LEGITIMO**

PURGANTE BESOY

Treinta y un años de éxito creciente.



**El Tónico mas
eficaz y de efectos
mas seguros para
la neurastenia y
debilidad general.**

HIPOFOSFITOS SALUD



Marca Registrada

FUERA CANAS sin teñirlas
ni arrancarlas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)

Exíjase en la etiqueta La figura
de la India (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas
Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su co-
lor primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del
cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la
cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin
el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza.
Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y dro-
guerías. Por mayor: J. BARREIRA. Muñoz Torrero, 6.
MADRID

RELOJES REGISTRADORES

para controlar las entradas y
salidas de obreros y empleados.
Gastón Williams & Wigmore C. A. Sevilla, 16. — MADRID



**MAQUINAS PARA ES-
CRIBIR DIRECCIONES**

2.500 direcciones por hora

sin posibilidad de equivocación

Una sola máquina "ADREMA"

hace el trabajo de 20 empleados.

Se amortiza a sí misma en un plazo máxi-
mo de dos años

Catálogos y presupuestos gratis.

Véalas funcionar en

Papelería Americana, Espoz y Mina, 14, Madrid